
SERIE
CUATRO BODAS PARA NAVIDAD
4
Un Romance para Navidad
ISABEL C. DE ACUÑA

UN ROMANCE PARA NAVIDAD

Isabel C. De Acuña

©Isabel C. De Acuña.
Un Romance para Navidad.
Safe Creative: **2511203752163**
Editada por: Isabel C. De Acuña.
Diseño de portada: Pamela Diaz
Primera Edición: noviembre 2025

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
EPÍLOGO
VUELVE A LEER LA SERIE COMPLETA
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

Y en casa, junto al fuego, siempre que levantes la mirada, allí estaré yo... y siempre que la levante yo, allí estarás tú.
Lejos del mundanal ruido.
Thomas Hardy.

El conde de Highfield ha impuesto una condición imposible: sus hijas deberán casarse antes de Navidad o perderán la casa familiar.

Tessa, la menor y más rebelde, se niega a aceptar el ultimátum… hasta que una tormenta de nieve trae hasta su puerta al hombre que menos esperaba.

Reginald Langford llega a Highfield Hall decidido a negociar las tierras del conde. Su visita debía ser breve y cortés, pero el carruaje se vuelca a la salida de la finca y Reginald, malherido, es rescatado por Tessa.

Lo que empieza como una obligación se convierte en un duelo de voluntades y emociones prohibidas.

Entre el orgullo, la ruina y el frío del invierno, la Navidad traerá un milagro: un amor tan inesperado como imposible de detener y la rendición de dos corazones testarudos.

CAPÍTULO 1

Tessa Whitmore apretó los puños sobre la falda mientras observaba el fuego de la chimenea. Las uñas se le clavaron en la palma de la mano, al tiempo que veía cómo las llamas chispeaban con una furia idéntica a la suya.

—No pienso hacerlo, padre —dijo sin volverse y sin alzar la voz, aunque su tono era firme—. Ni mucho menos ir a mendigar pretendientes solo porque el calendario lo diga.

Alistair Whitmore, conde de Highfield, apenas visible bajo una manta de lana, la observó. Sus ojos, hundidos por el peso de la enfermedad y las cuentas, mostraron una paciencia que se había quebrado hacía mucho.

—Tus hermanas lo han comprendido y han obedecido.

El conde desvió la mirada hacia la ventana empañada. Más allá de los muros cubiertos de escarcha, todo parecía dormido, salvo el viento que aullaba entre los pinos del parque. Dos semanas atrás había enviado a sus tres hijas mayores a diversos destinos, con la esperanza de que un tiempo entre convites de invierno y visitas a conocidos le asegurara lo que la fortuna ya no podía; un matrimonio ventajoso. Las cosechas perdidas y las deudas lo habían arrinconado hasta la humillación. Esperaba que alguna de las tres lograra su objetivo.

Solo un enlace rápido podría impedir su venta al hombre que más despreciaba. Reginald Langford, el vecino cuyo apellido bastaba para ensombrecerle el ánimo.

—Mis hermanas son unas mártires —replicó Tessa, con voz firme—. Si alguna de ellas se casa, el problema estará resuelto y todos felices. La hipocresía se sentará a nuestra mesa y celebraremos.

—Te comportas como una niña —gruñó él, carraspeando entre palabras—. Has sido una consentida, Tessa. No entiendes la enormidad del problema que enfrentamos.

—Oh, lo comprendo perfectamente —replicó ella, acercándose —. Pero prefiero la pobreza antes que un matrimonio impuesto.

La sala de Highfield Hall era amplia y majestuosa, aunque el tiempo y la humedad del invierno comenzaban a dejar su huella. Las cortinas de terciopelo color vino colgaban pesadas, con los bordes desvaídos por el sol de otros años. Sobre la repisa de la chimenea, los retratos de familia observaban la escena con el mismo aire severo con que el conde escrutaba a su hija, mientras el fuego chispeaba y lanzaba destellos dorados sobre los tapices gastados. La calidez era engañosa, aunque el ambiente conservara su dignidad.

—El matrimonio es lo que se espera de una joven de buena familia como tú —soltó de nuevo el conde, con un suspiro cansado —. Ese poco de libros de aventuras te ha afectado la mente; deberías ser como tus hermanas y empezar a buscar un marido. ¿Prefieres vivir de la caridad de sus esposos?.

—Padre, da por hecho que mis hermanas lograrán su objetivo.

—Lo harán. Son mujeres virtuosas, y cualquier hombre sería un tonto si no ve sus cualidades.

A Tessa le conmovió la frase de su padre, pero no dijo nada porque aún estaba resentida con él por la manera en que había manejado las cosas.

—Podría aprender algún oficio —insistió—. Me gusta curar. La señora Darrow me ha enseñado el uso de hierbas y medicinas y, ya que estudiar medicina es imposible para nosotras, podría aprender algo que me gusta y a la vez ganar algún dinero.

—¡Tessa Winifred Louise Whitmore! ¿Te estás escuchando? No entiendo qué pasa contigo. —El rostro del conde se puso rojo—. Aprender a cocinar unas cuantas hierbas no te hace ni siquiera una curandera. ¡Por Dios! ¡Y pensar en ganar dinero por ello es algo inaudito!

El conde se sacudió con un violento ataque de tos. Tessa se acercó a tratar de controlarlo, dándole unos pequeños golpes en la espalda. En cuanto se calmó, continuó sin pausa.

—Hay jóvenes honorables en la región. Edmund Chisholm, el hijo del barón de Norfield… o el señor Fletcher, de buena familia y…

—Con el encanto de un nabo hervido —lo interrumpió ella, arqueando una ceja—. Padre, por favor. Ni la abuela Agatha los soporta, y eso que su paciencia roza la santidad.

Desde un rincón de la estancia, la voz de la abuela, que se dedicaba a dormitar y, cuando despertaba, insistía en una labor de costura inacabable, emergió con un tono seco:

—Mi paciencia se agota contigo, muchacha. Tu padre está enfermo y no deberías contradecirlo en cada aliento.

Tessa giró hacia ella, pero en lugar de discutir, se inclinó a preparar una taza humeante.

Ella se arrebujó el chal antes de pasarle la bebida a su padre. Tendría que encender el par de hornillas en los extremos del salón ya que el fuego de la chimenea no sería suficiente para caldear la estancia.

Extrañaba a sus hermanas. No había recibido una sola carta desde que partieron a cumplir aquel despropósito, idea del conde. Quién sabe qué clase de situaciones estarían atravesando.

—Al menos beba esto, padre —dijo con suavidad—. Es una tisana de un paquete de hierbas que trajo la señora Darrow —se refería a la esposa del molinero—. Le curó la fiebre y la tos a su hijo Alfred con esto. Tiene manos benditas para las plantas y las infusiones.

—No necesito brebajes de campesinos —gruñó el conde.

—Necesita seguir respirando —replicó ella, acercándole el pocillo e insistiéndole que la bebiera—. Es lo más importante.

El conde suspiró, tomó la taza y bebió a regañadientes. El fuego proyectaba sombras doradas sobre su rostro demacrado y, por un instante, Tessa sintió miedo. Miedo real.

El invierno era largo, la casa estaba casi vacía y la tos de su padre se escuchaba cada vez más horrible.

El conde observó a su hija. Sin duda era una chica hermosa. Su piel clara contrastaba con la intensidad de sus ojos, de un azul tan profundo como el del cielo antes de la tormenta. El cabello, rebelde y espeso, caía en ondas sobre los hombros, y en su porte había más determinación que gracia. Si hubiera tenido el dinero para ofrecerle una temporada en Londres, estaba seguro de que ya estaría casada.

Afuera, un ruido seco, como el crujir de ruedas sobre hielo, retumbó a lo lejos.

La condesa viuda levantó la mirada.

—¿Has oído eso?

Tessa fue hacia la ventana. En la distancia, entre la ventisca, una luz oscilaba y luego se apagaba.

—Un carruaje —murmuró Tessa—. ¿Quién se atreve a visitarnos con semejante temporal?

El conde dejó la taza sobre la mesa.

—Nadie en su sano juicio viaja con este clima.

Antes de que Tessa respondiera, un golpe seco resonó en la puerta principal. Los tres se quedaron inmóviles.

El mayordomo entró un par de minutos después, con la espalda rígida y el rostro sorprendido por el aire gélido que se colaba desde el vestíbulo.

—Milord —anunció con voz grave—, el vizconde Wrentham solicita ser recibido.

CAPÍTULO 2

El silencio que siguió al anuncio del mayordomo fue tan intenso como el frío de la habitación.

El conde se incorporó en el sillón, intentando recomponerse con la dignidad que le quedaba. Tessa se acomodó detrás de la silla de su padre.

—Hazlo pasar —ordenó al fin, mientras Tessa intercambiaba una mirada de sorpresa con la condesa viuda.

El vizconde Wrentham entró con paso firme, envuelto en un abrigo oscuro. Tenía el porte de un hombre acostumbrado a dominar cualquier entorno, y esa clase de seguridad rozaba la insolencia. Se detuvo al borde de la alfombra y se inclinó ante el conde con un gesto medido.

—Lord Highfield —dijo con voz grave y modulada—. Lamento presentarme sin aviso, pero el asunto que me trae no admite demora.

—Vizconde Wrentham —respondió el conde, con un leve movimiento de cabeza—. Las tormentas no parecen detener a los hombres resueltos.

Wrentham sonrió apenas, tomando la frase como un cumplido. Entonces su atención se dirigió hacia la joven que permanecía junto a la chimenea.

—Lady Tessa. —Avanzó un paso y, con la natural elegancia que dictaban las costumbres, tomó su mano y rozó el dorso con un beso. Sus guantes negros contrastaban con el tono pálido de su piel, y los ojos grises, fríos como el invierno de Sussex, recorrieron las facciones de la joven con una calma calculada—. Un placer saludarla.

Tessa inclinó la cabeza con cortesía.

—Vizconde. —Su tono fue correcto, aunque su mirada mantenía un brillo cauteloso—. Thomas, por favor, traiga té y pastas al salón.

—Enseguida, lady Tessa —respondió el mayordomo antes de retirarse.

Tessa volvió la vista hacia su padre, mientras el vizconde saludaba a su abuela con el mismo gesto correcto que tuvo con ella.

—Dejaré que hable con el vizconde, padre. La condesa viuda y yo estaremos en la sala contigua por si necesita algo.

El conde asintió con un leve gesto. Wrentham volvió a inclinarse cuando ella se dispuso a salir.

—Espero que esta tormenta no haya alterado la paz de Highfield Hall.

—En esta casa, vizconde, una tormenta no nos altera. Las visitas sin anunciar son otra cosa —replicó Tessa con una sonrisa cortés antes de tomar del brazo a la condesa viuda y abandonar la estancia ante la mirada de reprobación de su padre. Él, a pesar de que detestaba al hombre, mantenía las mínimas normas de cortesía.

El silencio volvió a caer cuando la puerta se cerró tras ellas, dejando frente a frente al conde y a su inoportuno visitante.

Wrentham se quitó los guantes con calma y los colocó sobre la mesa auxiliar; cada movimiento era parte de un ritual calculado.

—Imagino que no ha venido solo a tomar té.

—No, aunque no me habría disgustado una visita social. —Wrentham se acomodó en el sillón frente a él—. He venido en representación de los acreedores, entre ellos yo mismo. Los pagarés firmados por su señoría, fechados el año pasado, han vencido.

El conde apretó el borde de la manta sobre sus rodillas.

—Conozco bien las fechas, vizconde. He intentado reunir el dinero, pero el invierno ha sido cruel, las cosechas se perdieron y…

—Y la fortuna de los Whitmore ya no es lo que fue —interrumpió el vizconde, sin dureza, pero con un tono en el que el conde pudo vislumbrar la reprobación—. Créame, entiendo lo que significa ver desvanecerse un legado.

El conde alzó la vista con una chispa de orgullo.

—No he dejado de honrar mis compromisos. Le pagaré cada penique, pero necesito más tiempo.

Wrentham lo observó unos segundos antes de responder.

—Le concederé un mes, lord Highfield. —Sus palabras fueron tan puntuales como la hora del reloj de pie junto a la chimenea—. Si

para entonces la deuda no ha sido saldada, me veré obligado a hacer efectivos los pagarés.

El conde tragó saliva.

—¿Eso significará…?

—Que Highfield Hall pasará a ser de mi propiedad. —Wrentham se levantó con calma, ajustándose el abrigo—. No deseo despojarlo, milord, pero el negocio es el negocio, y las deudas, aunque incómodas, son las únicas verdades que no admiten espera ni romanticismo.

El conde intentó ponerse de pie, pero la tos volvió a sacudirle el pecho.

Wrentham lo observó con un gesto de incomodidad y respeto.

—Cuídese, lord Highfield —dijo finalmente—. No me agradaría tener que cobrar una deuda a un fantasma.

Se inclinó apenas, recuperó los guantes y abandonó la estancia al tiempo que una de las dos mucamas que quedaban en la mansión traía el carrito con el té y las pastas.

Había algo humillante en ese silencio y era la conciencia de haber perdido no solo la fortuna, sino el orgullo. Sus pobres hijas estaban pagando el precio de una mala gestión de su patrimonio.

Durante meses había ocultado a sus hijas la verdadera magnitud de sus deudas. Para ellas, Wrentham era solo un vecino ambicioso que deseaba apoderarse de Highfield Hall. No sabían que su padre ya le pertenecía en papel, que cada piedra de la mansión, cada campo y cada árbol estaban hipotecados en nombre de un legado que se desmoronaba con la misma lentitud que su salud.

Había vendido tierras, ganado, incluso la vajilla de plata, pero nada bastaba. Aun así, no podía mirarlas a los ojos y confesarles que el apellido Whitmore pendía de la indulgencia de un hombre al que despreciaba.

Sus dedos se crisparon sobre el brazo del sillón. “Un mes”, había dicho Wrentham. Treinta días para salvar Highfield Hall. Treinta días para preservar la ilusión de que aún era un conde y no un deudor con un título vacío.

**

El aire helado lo recibió como una bofetada en cuanto cruzó el umbral de Highfield Hall. Reginald Langford, vizconde Wrentham, descendió los escalones con el abrigo cerrado hasta el cuello y el ceño apenas fruncido. No se sentía satisfecho, aunque su visita cumplió su propósito.

El conde estaba acabado, eso era evidente. La tos, el temblor en sus manos, la forma en que lo había mirado, todo hablaba de un hombre al borde del derrumbe.

Reginald no se alegraba de ello, pero las emociones, al igual que las pérdidas, eran un lujo que no podía permitirse. Lo movía la lógica, el dinero.

Highfield Hall y las tierras colindantes con Wrentham eran una pieza estratégica, el último eslabón para unir sus propiedades hasta el camino de Norfield. Si los Whitmore caían, los límites desaparecerían y el proyecto de su molino podría extenderse hacia el sur. Todo el plan estaba medido y calculado. Sería el hombre más poderoso de la zona.

Sin embargo, al mirar la fachada de piedra cubierta de escarcha, no pudo evitar reconocer su belleza: antigua, orgullosa, decadente, como todo lo que el tiempo se empeñaba en arrebatarle.

Un movimiento entre los pilares llamó su atención. Tessa Whitmore salía del costado del jardín, envuelta en un chal de lana, el cabello suelto escapando en tirabuzones. Llevaba una cesta entre las manos y la expresión altiva de quien no teme al frío ni al juicio de nadie. Parecía que iba hacia los establos.

—¿Ya se marcha, vizconde? —preguntó al verlo acercarse. Su voz era suave, pero el tono escondía desdén.

Reginald se inclinó apenas.

—Así parece, lady Tessa. Su padre y yo hemos concluido nuestros asuntos.

—¿Asuntos? —repitió ella, alzando una ceja—. Su visita ha sido inoportuna, milord. Highfield Hall no caerá en sus codiciosas manos.

—El invierno exige decisiones rápidas, milady —respondió él, sin inmutarse—, y Highfield Hall parece un lugar donde el tiempo escasea.

Tessa apretó la cesta contra el pecho, sin apartar la mirada.

—Solo usted podría tener esa respuesta tan impertinente en la punta de la lengua. Afortunadamente, no todos medimos el valor de un hogar en monedas, vizconde.

Reginald sostuvo su mirada un segundo más de lo debido. Era un gesto desafiante, como el reflejo de un lago bajo el hielo.

—Por fortuna, no todos medimos el valor de un hogar en monedas, vizconde —murmuró, casi para sí.

Ella inclinó la cabeza con una cortesía que rozaba la insolencia.

—Buen viaje, milord. Espero que el camino esté despejado.

—Lo suficiente para volver —dijo él, y subió al carruaje con un gesto leve hacia el cochero.

Mientras caminaba al coche, Reginald miró atrás una última vez. La vio aún de pie junto al pórtico, la figura recortada contra la nieve. Pensó que no había visto, hacía mucho tiempo, un rostro tan obstinado ni tan hermoso.

CAPÍTULO 3

El cochero aguardaba junto al carruaje, frotándose las manos enguantadas frente al resoplido de los caballos. Reginald se acercó al hombre con paso firme, el cuello del abrigo levantado y el sombrero calado hasta las cejas.

El cochero se inclinó apenas al verlo.

—Todo listo, milord.

Wrentham lo observó un instante. Había algo extraño en su mirada: el brillo vidrioso, la sonrisa torpe. El olor inconfundible del alcohol llegó hasta él con el siguiente soplo del viento.

—¿Ha estado bebiendo, Hargreaves? —preguntó en tono bajo, sin levantar la voz.

—Solo un trago, milord. El frío cala los huesos.

Reginald lo miró con desaprobación.

—No subirá al pescante. No montaré en un coche con un hombre borracho al mando.

El cochero se enderezó, ofendido.

—No estoy borracho, señor. Lo juro por mi madre.

Wrentham soltó un suspiro exasperado. El frío calaba sus huesos y el viento hacía vibrar las ramas del bosque.

—Muy bien —dijo con frialdad—. Si llega a poner en riesgo a mis caballos o a mí, no volverá a trabajar en Sussex.

El hombre asintió, calmó a los animales y subió al pescante, tambaleándose apenas. Reginald entró en el carruaje, cerró la portezuela y apoyó la cabeza contra el respaldo. Las ruedas comenzaron a girar con un crujido grave.

A poca distancia de la mansión, el cochero azotó el látigo con más fuerza de la necesaria. Los caballos bufaron, nerviosos, y una sombra se movió entre los pinos. Un ciervo, ciego por la nevada, irrumpió en medio del sendero. Reginald apenas tuvo tiempo de incorporarse antes de que el carruaje se deslizara sobre el hielo.

El vehículo se ladeó, las ruedas chocaron contra una roca oculta bajo la nieve, y el mundo se volcó. El golpe lo lanzó hacia el panel

de madera. Sintió el hierro del marco clavarse en su costado y un sabor metálico llenarle la boca.

El sonido de los caballos relinchando fue lo último que oyó antes de que todo se volviera negro.

**

El crujido de sus botas sobre el hielo era el único sonido que escuchaba. Tessa aún hervía de rabia por el encuentro con el maldito vizconde.

El mozo de cuadra había ido a buscarla minutos antes, con la voz entrecortada.

—Lady Tessa… el potro de lady Arabella no se mantiene en pie. Creo que le ha vuelto la fiebre.

Ella tomó su capa, un candil y el frasco con el ungüento de la señora Darrow. El establo estaba tibio y lleno del vapor del aliento de los animales. El resoplido del potro enfermo se mezclaba con el golpeteo del viento afuera.

Tessa le acarició el cuello, murmurando algo que no era rezo ni palabra, solo un intento de consuelo, ya que el pobre animal tenía una llaga en una de sus patas.

Entonces el sonido la alcanzó. Un golpe sordo. Luego, un crujido largo, metálico.

Levantó la cabeza, conteniendo la respiración. A través de la puerta entreabierta vio luces moviéndose entre la ventisca.

—¿Qué demonios…? —susurró al ver, a poca distancia, el coche volcado.

Dejó la lámpara sobre el banco y echó a correr. La nieve le llegaba a los tobillos, el frío le mordía los dedos, pero no se detuvo. Cuando alcanzó el camino, vio una rueda partida. Los caballos, habían roto las cinchas y huido desbocados.

El carruaje, volcado de lado, yacía debajo de un viejo roble.

—¡Por todos los cielos! —exclamó.

El cochero estaba tumbado a unos metros, inmóvil, el rostro cubierto de sangre. Tessa se arrodilló junto a él, temblando, y al no percibir más que un débil jadeo, buscó la portezuela del coche.

Empujó la puerta con fuerza. El corazón le dio un vuelco al observar dentro, al hombre inconsciente, la cabeza apoyada contra el marco. La sangre le manchaba la sien.

—Oh, por favor… —Tessa extendió la mano y tocó su cuello. Había pulso, aunque débil.

Sin pensarlo, llamó a gritos.

—¡Ayuda! ¡Jameson! —gritó al joven a su lado, que revisaba al cochero caído contra un árbol—. ¡Traiga un soporte para transportar un cuerpo o unas mantas y sábanas, y avísele a Thomas y a Grace, rápido!

La nieve seguía cayendo, lenta y silenciosa, mientras ella se arrodillaba junto a aquel hombre al que creía su enemigo. La lámpara vaciló con el viento y la luz dorada se reflejó en su rostro. Por un instante, Tessa sintió algo de compasión… o tal vez fue el presagio del destino que acababa de ponerse en marcha.

La actividad invadió Highfield Hall en cuanto los heridos entraron a la mansión. Los dos criados y la mucama corrían por los pasillos con lámparas de aceite y mantas mientras Tessa, con el rostro pálido y los dedos entumecidos, supervisaba el traslado del herido a una de las habitaciones del segundo piso.

—Con cuidado, por favor —ordenó ella—. No lo golpeen otra vez, Thomas; su cabeza sangra.

El mayordomo, empapado hasta los huesos, asintió en silencio mientras él y el lacayo colocaban al vizconde en la cama de la que Tessa había levantado las cobijas para que quedara sobre la sábana y no volverlo a mover hasta que llegara el doctor.

—James, vaya por el doctor Strafford. Thomas, hay que encender la chimenea. Mientras tanto, traiga un par de hornillas de las que están en mi habitación.

El cochero había sido llevado al ala de servicio, con la pierna rota y un brazo dislocado.

—Por amor del cielo, Tessa, ¿qué significa todo este alboroto? —la voz de la condesa viuda resonó desde el pasillo, envuelta en la indignación.

—Un accidente, abuela. El carruaje del vizconde se volcó a la salida de la finca —respondió ella, agachándose junto al herido.

Wrentham no se movía. Tenía la piel pálida, el cabello pegado a la frente y el abrigo empapado de nieve y sangre. Tessa apretó los labios y buscó un paño limpio.

—¿No pretenderás tenerlo en la casa? —intervino el conde desde la puerta. Su voz, aunque débil, tenía el filo del acero.

—Ya está dentro, padre. —Tessa no levantó la vista—. Si lo dejamos afuera, morirá, y no creo que su animosidad llegue a tanto.

—Ese hombre quiere quedarse con lo que es nuestro, jovencita —gruñó él.

—Aun así, es un ser humano, padre. —Su tono fue firme, pero templado—. No pienso dejar que muera en la nieve. Nuestro castigo sería peor si hacemos algo así, y estoy segura de que no quiere eso.

El conde la miró, agotado y consciente de que no tenía fuerzas para discutir, y se fue rezongando a su habitación. Tessa empezó a examinarle las heridas.

—Haz lo que debas. Pero cuando despierte, lo despachas de inmediato —señaló la condesa viuda, dando la vuelta y dejándola con Grace.

Tessa asintió, aunque sabía que no sería tan sencillo.

Se volvió hacia la mucama.

—Trae vendas, agua caliente, el botiquín y que echen más leña al fuego.

Grace volvió a los pocos minutos con el recipiente y las vendas. Le quitaron el grueso abrigo con todo cuidado y, mientras limpiaba la herida de la cabeza con movimientos firmes, lo observó con curiosidad involuntaria. La línea de su mandíbula era terca. Parecía un hombre acostumbrado a imponer su voluntad y, estaba segura, a que no le gustaba recibir ayuda de nadie.

Le abrió la camisa y se sonrojó al ver su pecho y su abdomen musculoso. Tenía una fuerte herida abajo de las costillas y respiraba con dificultad. Limpió la lesión con cuidado, mientras el hombre seguía en la inconsciencia.

El silencio cayó en la sala, roto solo por el chisporroteo del fuego.

—El mundo da muchas vueltas, vizconde Wrentham —murmuró, más para sí que para él—. Vaya manera de irrumpir en nuestras

vidas.

CAPÍTULO 4

La noche había apagado los sonidos de Highfield Hall. Solo quedaban el chisporroteo del fuego en la chimenea y el suspiro leve del viento que rozaba los cristales.

Tessa había decidido, sin proponérselo, quedarse a su lado. Grace, la mucama, no tenía el temple que se necesitaba para tratar con tan molesto hombre. Por lo tanto, Sally y James la acompañaron en esa noche de vigilia. Después de la visita del médico y de asegurarse de que no tuviera fiebre, se dijo que podía retirarse, pero no quería, tal vez porque en el fondo tenía curiosidad o el simple deseo de entender por qué aquel hombre la repelía y la atraía a partes iguales.

Además, la tormenta había impedido que enviara una nota a Wrentham Hall con las novedades. Esperaba poder despacharla a primera hora de la mañana.

Con nitidez recordaba la visita de hacía apenas unas horas y la manera en que Reginald había entrado en el salón, cuando sus ojos se cruzaron por primera vez. Tessa sintió algo inesperado, una corriente leve, casi eléctrica, que la dejó desconcertada.

Antes solo lo había visto en bailes de familias vecinas. Él siempre iba acompañado de mujeres hermosas, pero ella jamás había reparado en él. El vizconde le fue indiferente hasta que mostró interés en las tierras de su familia. Fue entonces cuando la animadversión se hizo evidente, ni ella ni sus hermanas se molestaban en saludarlo. Al hombre, por otra parte, la reacción de las mujeres parecía importarle aún menos.

Era un hombre atractivo, demasiado para su propia conveniencia. Pero aquella impresión fugaz se quebró cuando comprendió que él representaba la amenaza, la ruina, la posibilidad de perder su hogar por culpa de su codicia. En esas pocas horas, había intentado convencerse de que lo despreciaba.

El vizconde dormía, o eso parecía. Tenía el rostro más tranquilo, aunque una sombra de dolor se marcaba en su mandíbula. Tessa le

apartó con cuidado un mechón húmedo de la frente y cambió el paño frío por otro más limpio.

El roce de sus dedos fue tan leve que casi no se dio cuenta de que él se movía.

—¿Dónde… estoy? —murmuró una voz ronca, grave, quebrada por la debilidad.

Tessa se sobresaltó, y el pabilo de la vela sobre la mesa parpadeó.

—En Highfield Hall —respondió con serenidad, aunque su corazón le golpeaba el pecho—. Sufrió un accidente.

—¿Lady Tessa Whitmore? No creí volver a verla tan pronto —dijo luego de un carraspeo.

—Así es, y usted es el vizconde Wrentham. —Levantó la barbilla apenas, con esa mezcla de firmeza y compostura que la caracterizaba—. En caso de que lo haya olvidado, es el mismo que vino hace unas horas a insistir en la venta de las tierras de mi padre.

Una sombra de ironía cruzó la mirada de Reginald.

—Entonces debo agradecerle una contradicción, que la mujer que me odia me haya salvado la vida.

Tessa contuvo una sonrisa.

—Yo diría que el destino tiene un sentido del humor bastante cruel, milord.

Wrentham la observó unos segundos más, con la respiración entrecortada.

Había algo desconcertante en ella. No era su belleza, aunque la tenía, sino la calma con que enfrentaba cualquier situación para ser apenas una jovencita. En otro momento habría disfrutado de la provocación. Ahora solo podía mirarla con un cansancio que no lograba disimular.

Intentó incorporarse, pero un quejido escapó de sus labios.

—No se mueva —ordenó ella, más firme de lo que pretendía—. El médico estuvo examinándolo hace un rato. Tiene una herida en la cabeza y un fuerte golpe en las costillas. Si insiste en ser imprudente, no responderé por las consecuencias. El tobillo está lastimado y la pierna un poco hinchada, pero no hay fractura.

Él la observó unos segundos, tratando de enfocar su rostro.

—Lady Tessa… —replicó con un hilo de voz—. Supongo que no podría haber caído en peores manos.

Tessa arqueó una ceja, cruzándose de brazos.

—Yo supongo que no podría haber elegido peor momento para visitar nuestra finca, vizconde.

Un amago de sonrisa cruzó sus labios heridos.

—¿Siempre trata así a sus invitados?

—Solo a los que amenazan con arrebatarnos nuestro hogar —replicó ella, sin apartarle la mirada.

El silencio se extendió entre ambos, tenso y tibio a la vez. El fuego crepitó, iluminando la habitación, los tapices antiguos, la sombra de las cortinas, el brillo de la jarra de metal donde reposaba agua fresca.

Wrentham suspiró y cerró los ojos un instante.

—Entonces… al menos puedo asegurar que Highfield Hall tiene una guardiana formidable.

Tessa no respondió. Se limitó a cubrirlo con la manta y a volver a humedecer el paño, aunque su respiración ya no era tan tranquila.

Afuera, la tormenta seguía su rumbo. Entre el fuego y el silencio, el enemigo herido y la joven testaruda habían hecho una tregua.

**

La mañana amaneció gris y densa, como si el invierno no quisiera irse a otro lugar. Después de desayunar y antes de subir a revisar la evolución del vizconde, Tessa se detuvo un momento en el ala de servicio.

El cochero descansaba sobre un diván improvisado, con la pierna entablillada y el rostro cubierto de sudor. La cocinera le aplicaba paños fríos en la frente, mientras el aroma a caldo y alcanfor llenaba el pasillo.

—Asegúrense de mantener el vendaje seco —indicó Tessa, tocando su muñeca con cuidado para comprobar el pulso—. Si la fiebre sube, avísenme de inmediato.

Luego tomó la lámpara de aceite y cruzó el corredor hacia las escaleras principales. El contraste entre la calidez del servicio y el silencio solemne del piso superior le recordó lo enorme y vacía que

se hallaba la casa. El día estaba oscuro y ella, cansada del clima, necesitaba salir a cabalgar, hablar con los arrendatarios o recoger flores, así fuera del invernadero.

Abrió la puerta de la habitación de huéspedes. La chimenea crepitaba y la luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas pesadas. Wrentham yacía en el lecho, cubierto hasta el pecho con una manta, el rostro pálido pero tranquilo.

Tessa avanzó despacio, dejando la bandeja sobre la mesa cercana.

Por un instante solo se oyó el reloj del pasillo marcando las horas. Detrás de ella, un joven de negro impecable, se había presentado como el criado del vizconde, esperaba junto a la puerta, con el rostro tenso y el sombrero entre las manos. Había llegado hacía apenas una hora, enviado desde Wrentham Hall cuando los caballos regresaron solos al amanecer.

—Gracias, Sally —dijo Tessa a la mucama—. Deja el leño más grande, y avísame si el cochero empeora.

Wrentham estaba despierto. Sus ojos grises la siguieron con atención, aunque la debilidad le obligaba a permanecer recostado. La luz pálida del amanecer delineaba el contorno de su rostro y el brillo helado de su respiración.

—Buenos días, milord —dijo Tessa, dejando una bandeja sobre la mesa cercana—. Me alegra comprobar que ha decidido seguir respirando.

Wrentham la observó con una mezcla de confusión y escepticismo.

—Debo admitir que no esperaba despertar en Highfield Hall. —Su voz sonaba grave, un poco ronca—. Y menos con usted como enfermera. A estas alturas pensé que me habrían puesto de patitas en el camino.

—Créame, tampoco era mi sueño más romántico —respondió ella con ironía medida—. Pero la alternativa era dejarlo congelarse junto a su cochero y por más que nos hubiéramos liberado de todos nuestros problemas, nuestra conciencia no hubiera podido soportarlo.

El sirviente del vizconde dio un paso adelante, inclinándose.

—Milord, al saber que los caballos regresaron sin el carruaje, partí de inmediato. Gracias, lady Whitmore, por su ayuda.

Tessa asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Su cochero está estable, aunque tiene una pierna rota. He enviado de nuevo a buscar al médico.

Wrentham hizo un ademán cansado.

—Agradezco su… diligencia. No quisiera ser una carga.

—Ya lo es —replicó ella sin inmutarse—. Pero no una que me impida dormir tranquila.

Un destello de humor cruzó los labios del vizconde, aunque enseguida se desvaneció.

—Supongo que su padre no compartirá su generosidad.

—Mi padre aún duerme —respondió Tessa, cubriéndolo de nuevo con la manta—. No está feliz, pero no podíamos evadir la situación.

Wrentham arqueó una ceja.

—No quiero que nadie sepa que estoy aquí. Confío en su discreción, lady Tessa.

—Confíe en su buena fortuna, milord. No todos los días la nieve arrastra enemigos a la puerta y anfitriones tan generosos como para perdonarles la vida.

Wrentham la miró un instante más. Sonrió sin querer, aunque el gesto le costó un esfuerzo. El fuego chispeó, y en el aire quedó la sensación de que algo cambiaba entre ellos.

CAPÍTULO 5

Tessa salió de la habitación de huéspedes con la idea de ir a descansar un poco, ya que el sirviente la relevaría por un rato hasta la visita del doctor, cuando escuchó el paso pausado, acompañado por el golpeteo rítmico del bastón, de su abuela.

—¿Cómo sigue el vizconde? —preguntó la condesa viuda, envolviéndose más en su chal de lana mientras se acercaba con gesto tranquilo.

—Estable. Anoche tuvo algo de fiebre, pero nada grave —respondió Tessa, deteniéndose para dejar la bandeja sobre una consola.

La anciana asintió.

—Me alegra que sobreviviera. Anoche creí que ese hombre no vería el amanecer. —Sus ojos, dulces pero penetrantes, se posaron en el rostro de su nieta—. Hay corazones que no saben mirar hacia otro lado, incluso cuando sería más fácil hacerlo.

Tessa sonrió con cierta timidez.

—No podía dejarlo afuera, abuela. No después de verlo desangrándose en la nieve.

—Claro que no podías. —La condesa la miró con ternura, aunque su voz conservó un leve tono de ironía—. Eres una Whitmore, pero heredaste el corazón de tu madre, y ese corazón siempre fue un problema para los hombres obstinados.

Tessa soltó una pequeña risa.

—Entonces está usted diciendo que mi compasión es un defecto.

—Digo que tu compasión te hace fuerte… aunque a veces el mundo no lo entienda. —La anciana apoyó su mano sobre la de ella —. Tu padre no te juzgará por compasiva, Tessa, sino porque teme perderlo todo. A veces el miedo se disfraza de ira.

Tessa asintió, y la determinación volvió a tensarle la mandíbula.

—Lo sé. Pero prefiero su enojo a la culpa de haber dejado morir a un hombre bajo mi techo.

La condesa la observó con orgullo silencioso.

—Eres valiente, mi niña. Terca, impulsiva, pero valiente.

El reloj del pasillo marcó las nueve. Desde el primer piso llegó el sonido de pasos y una tos seca: el conde acababa de entrar a su estudio.

La condesa viuda suspiró y le acarició la mejilla con ternura.

—Haces bien. La piedad no es debilidad, aunque los hombres se empeñen en creerlo.

Tessa respiró hondo y tomó el borde de su falda, dispuesta a enfrentarlo.

—Iré a verlo.

Su abuela asintió con una leve sonrisa.

—Ve, mi niña. Las Whitmore siempre han enfrentado las tormentas y esta no será la excepción.

**

Las cortinas estaban corridas y la luz de la mañana caía en un ángulo oblicuo sobre el escritorio repleto de documentos. Tessa entró sin esperar invitación. Su padre estaba de pie, apoyado en el bastón, con el rostro más pálido de lo habitual y la respiración algo entrecortada.

—¿Qué ha dicho el médico? —dijo, sin mirarla—. ¿Podrá hoy estar fuera de mi casa el vizconde Wrentham?

Tessa respiró hondo antes de responder.

—No lo creo, padre. El médico dijo que no podrá moverse durante varios días. Una caída así, con ese golpe en la cabeza y las costillas lastimadas, puede ser fatal si lo trasladamos.

El conde se volvió lentamente, los ojos enrojecidos por la fiebre y el disgusto.

—No me hables de médicos ni de fatalidades, Tessa. Ese hombre quiere lo que es mío. ¡Y está instalado en una de nuestras habitaciones!

Ella dio un paso hacia él.

—Lo instalé en una cama, padre, no en el corazón de la familia, y lo hice porque somos caritativos, no porque lo apruebe.

El conde apretó los labios y su voz salió entrecortada.

—No entiendes lo que arriesgas. Si alguien llega a saberlo, seremos el escándalo de Sussex. Un hombre soltero, sin relación con la familia y además con interés en estas tierras, podría destruir la reputación de los Whitmore.

—La gente de Sussex no tiene tiempo para hablar de un vizconde herido y una familia en desgracia —replicó ella con calma —. Además, nadie lo sabrá.

—Ya lo saben mis criados —gruñó él—, y eso basta para que mañana lo sepa medio condado.

Tessa bajó la voz.

—Si es así, que sepan también que mi padre no negó refugio a un hombre moribundo.

Por un instante, el silencio llenó la habitación. El conde la miró con un gesto de ira y cansancio, reconociendo, quizá a su pesar, que Tessa tenía la misma determinación de su esposa, que la había hecho temida en su juventud. Su bastón tembló al apoyarlo contra el suelo.

Él suspiró, abatido.

—Haz lo que creas necesario, pero no esperes mi aprobación. Solo te ruego que no olvides quién es ese hombre.

—No lo olvido —dijo Tessa, con una calma que ocultaba su emoción—. Pero tampoco olvidaré que nos necesita, como nosotros necesitamos algo más que orgullo para seguir de pie.

El conde no respondió. Solo asintió despacio antes de dejarse caer en el sillón.

**

El fuego crepitaba con un sonido acompasado, llenando la estancia de un calor amable que no lograba borrar el aire tenso.

Reginald Wrentham, acostumbrado a controlar cada aspecto de su vida, se encontraba, por primera vez en años, reclinado en una cama ajena, con la pierna inmovilizada y el orgullo herido.

Cuando Tessa entró, junto a Sally, que traía una bandeja, el aroma del té y del pan recién hecho se mezcló con el leve perfume de lavanda que siempre la acompañaba.

—Ha dormido poco —dijo ella. Sally dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar.

Wrentham ni se molestó en disimular su incomodidad.

—Difícil dormir cuando uno despierta convertido en un rehén.

—No es rehén, vizconde, es paciente. Aunque, si insiste en comportarse como un prisionero, puedo enviarle grilletes para completar la imagen.

Él alzó una ceja, divertido a pesar suyo.

—Tiene un talento natural para la insolencia, lady Tessa.

—Usted para la ingratitud —replicó ella, sirviendo el té—. El médico fue claro: no podrá moverse por varios días. Si lo hace, se arriesga a tener complicaciones.

Wrentham apretó la mandíbula.

—Prefiero las complicaciones a quedarme aquí dependiendo de su caridad.

—¿Caridad? —Tessa lo miró sin pestañear—. Lo llamaría sentido común. El suyo parece estar tan lesionado como su pierna.

El silencio se espesó un instante, solo roto por el chasquido del fuego.

Wrentham apartó la mirada, humillado por su propia impotencia.

—No esperaba terminar así —murmuró—. En la casa de un hombre que me detesta, cuidado por su hija, a la que seguramente advirtió para que me desprecie.

—No se crea tan importante, y no hace falta que mi padre me diga cómo debo pensar —dijo ella con calma—. Ya tengo opinión propia.

Él sonrió con un dejo de ironía amarga.

—Eso me queda claro. Su franqueza es peligrosa.

—Solo para quienes confunden la verdad con una ofensa. —Le tendió la taza de té—. Beba. El orgullo no alivia el dolor.

Wrentham la tomó, sin mirarla.

—Debe sentirse muy virtuosa, cuidando a su enemigo.

—No lo hago por virtud, vizconde. Lo hago porque dejarlo morir en la nieve habría sido una muestra de la peor cobardía, y no soporto a los cobardes.

Sus miradas se cruzaron, largas, tensas.

Wrentham intentó mantener la suya firme, pero algo en aquella joven, su tono sereno, su convicción, lo afectó por dentro. Era como si sus ojos vieran más allá de él, y eso lo enfureció. Nadie tenía derecho a hurgar en su alma negra. Finalmente, apartó la vista, como si el fuego le interesara más que ella.

CAPÍTULO 6

Una semana había pasado desde el accidente. Aunque la tormenta había amainado, Highfield Hall seguía envuelta en una quietud tensa.

El vizconde Wrentham continuaba en reposo, recuperándose con la obstinación de quien odia depender de otros. La herida en la cabeza cicatrizaba bien, las costillas seguían doloridas y la pierna lo obligaba a moverse con bastón, pero su orgullo permanecía intacto, tan afilado como el primer día. Su momento favorito del día era cuando la bruja rubia y de ojos azules llegaba a su habitación y se dedicaba a cuidarlo. A él nadie lo había cuidado en la vida, además del rosario de sirvientes, ya que su madre había muerto cuando él era un niño, y la frialdad de su padre se equiparaba al clima exterior. Recordó su crianza estricta y la lección aprendida de niño, que nunca debía aflojar las riendas, porque todo se podía ir al diablo.

La casa, con sus grietas, respiraba una calidez que contradecía el frío exterior. Él estaba seguro de que esto se debía a la presencia diaria de la joven de manos de ángel.

**

El mediodía traía una luz pálida que apenas lograba colarse entre las cortinas. La habitación olía a ungüento y a madera.

Tessa empujó la puerta con el codo, cargando una palangana de agua tibia y gasas limpias. El sirviente del vizconde no estaba; Thomas había dicho que había ido al pueblo por medicinas y comida.

Wrentham estaba sentado en la cama, con la camisa abierta en el pecho y el vendaje asomando bajo el hombro. Levantó la mirada en cuanto ella entró.

Por un instante, el tiempo pareció estirarse. La luz del mediodía se filtraba entre las cortinas, cayendo sobre ella como una caricia.

El cabello suelto, el color rosado en sus mejillas, la delicadeza con la que sostenía la palangana… Era hermosa. No de ese modo

previsible y pulido de las damas de Londres, sino con una belleza viva, inquietante, que parecía ajena a toda conciencia de sí misma. Sin embargo, había algo en su porte que lo hacía arder como fiebre y era su carácter y dulzura, que no encajaban en la imagen que tenía de una Whitmore, ese descubrimiento lo irritó más de lo que quiso admitir.

Así que hizo lo que mejor sabía hacer, que era, alzarse tras la armadura del sarcasmo.

—Le dije a su James que no necesito ayuda —gruñó, el ceño fruncido.

—Sin embargo, la tiene —replicó ella, dejando la jofaina sobre la mesa—. El médico insistió en que se cambie el vendaje hoy.

—¿Y no hay nadie más disponible que usted?

—No. Grace y Sally tienen cosas que hacer —dijo ella, sin rodeos—, y aunque lo hubiera, no confío en que lo hagan bien.

El silencio cayó como una manta. Solo el crujir del fuego llenaba el espacio entre ellos. Tessa se acercó, tomó las tijeras y comenzó a cortar el vendaje con manos firmes. Wrentham no apartó la vista.

—Podría hacerlo yo mismo.

—No con tres costillas magulladas. —Levantó la mirada y lo fulminó con un gesto de paciencia y desafío—. A menos que disfrute del dolor.

—Depende del motivo —respondió él con voz baja—. Hay dolores que se disfrutan.

Ella fingió no escucharlo, pero el pulso le tembló apenas un segundo.

Quitó con cuidado la tela. La piel mostraba el rastro morado de la contusión, el borde de una sutura fina. Él respiró hondo, y esa respiración contenida hizo que el aire pareciera más denso. Ella lo tocó alrededor de la herida.

—¿Disfruta de este dolor? —preguntó, sin mirarlo.

—Solo cuando respiro… —la pausa fue casi imperceptible—. Y lo suficiente para provocarla.

Tessa contuvo el aliento. El descaro del tono contrastaba con la sombra de dolor en su rostro y ese contraste la desconcertó más que cualquier palabra.

—Debería guardar silencio, vizconde —murmuró—. No conviene hablar cuando uno no está en condiciones de sostener sus palabras.

Él sonrió apenas, sin apartar la mirada.

—Créame, lady Tessa, he sostenido cosas más peligrosas que una conversación.

Ella enjuagó el paño y limpió la herida con cuidado. Cada roce parecía prolongarse más de lo necesario. Sentía el calor de su piel, la respiración irregular de él, el sonido leve del agua goteando y, sin embargo, nada de eso era tan inquietante como la certeza de que algo dentro de ella había cambiado.

Reginald Langford le atraía sin remedio.

Tessa terminó el vendaje, dio un paso atrás y murmuró, casi para sí:

—Listo. No morirá hoy.

—Una lástima —susurró él.

Ella lo observó sin entender.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

Wrentham sostuvo su mirada, el brillo en sus ojos más desafiante que agradecido.

—Un problema menos para usted. Ya he acaparado mucho de su tiempo, pero creo que le dolería —dijo despacio, entretenido por su desconcierto—. Empieza a disfrutar de mi compañía.

Tessa se inclinó, tocándole la frente con el dorso de la mano.

—¿Está usted delirando?

Él dejó escapar una leve risa ronca, la clase de sonido que vibra en el aire.

—Sí, estoy delirando —murmuró, con la voz grave y baja—. No tiene idea.

Ella retiró la mano, aunque el contacto le dejó la piel ardiendo.

Él la siguió con la mirada, consciente del temblor que había provocado.

Cada palabra suya era un desafío, un modo de recuperar poder en medio de la vulnerabilidad, pero la verdad, la que no se atrevía a pronunciar, era mucho más simple, no soportaba el modo en que ella lo hacía sentir vivo.

Ella lo miró con un gesto de fastidio y algo que no quiso nombrar.

Él apartó la vista, fingiendo indiferencia, pero el silencio que quedó entre ambos lo traicionó.

Sabía que debía agradecerle, ya que sin ella habría muerto en la nieve. Pero cada vez que la veía moverse por la habitación, segura, luminosa, con esa combinación de inocencia y determinación… algo se le revolvía por dentro.

Por eso era brusco, por eso hablaba con veneno, porque decir lo que pensaba habría sido aún más peligroso.

Sally golpeó y entró enseguida a la habitación. Tessa se sobresaltó, el sonrojo en su piel era evidente y no pasó desapercibido para la mucama. Sally tomó la palangana y salió sin responder, y Tessa salió detrás, aunque el temblor en sus manos la delataba.

No vio la media sonrisa que él dejó escapar, ni el modo en que siguió con la mirada la curva de su espalda hasta que la puerta se cerró.

Sally, la joven mucama, con los ojos muy abiertos, observó cómo lady Tessa desaparecía tras la esquina. Luego bajó las escaleras corriendo, con el corazón acelerado y el tipo de historia que no tarda en encontrar oídos dispuestos a escuchar.

**

Las noticias corrían más rápido que el fuego en leña seca.

Edna, la cocinera, removía una olla sobre el fogón. Sally entró a la cocina con las mejillas sonrosadas y un brillo nervioso en los ojos.

—El vizconde ya se ha levantado —anunció en voz baja, como si pronunciara un secreto peligroso—. Lady Tessa le ha cambiado el vendaje ella misma.

Edna levantó la vista de la olla, con el ceño fruncido.

—¿Ella? ¿Y dónde está el joven Ned? Es su criado; podría encargarse de esos menesteres.

—El vizconde lo envió con una serie de recados a Wrentham Hall. —Sally se inclinó un poco, conspiradora—. Ella misma… lo hizo.

Grace soltó un resoplido entre incrédulo y preocupado.

—Por amor de Dios, si esto llega a oídos del conde, no necesitará más tos para perder el aliento.

—Ya se enterará —replicó Sally, bajando la voz—, pero no hay quien haga entrar en razón a la milady. Ella insiste en que es su deber cuidarlo.

Thomas apareció en el umbral, con el abrigo aún cubierto de nieve.

—Deber, sí —gruñó—, pero hay deberes que matan más rápido que la enfermedad. Si el vizconde no se marcha pronto, no habrá alma en Sussex que no hable de esto.

Grace lo miró, cruzándose de brazos.

—¿Y qué propone, Thomas? ¿Que lo tiremos a la nieve?

El hombre masculló algo inaudible y se quitó el sombrero con resignación.

—Sugiero que recen para que el vizconde esté listo para irse antes de que empiece la próxima tormenta.

El rumor se apagó unos segundos, pero el silencio que quedó fue aún más elocuente.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente, el reloj del corredor marcaba las once cuando Tessa llamó a la puerta del cuarto de su abuela.

La habitación olía a cera y a lavanda. Sobre la mesita, una lámpara proyectaba un círculo dorado que envolvía a la condesa viuda en una penumbra serena.

Estaba sentada junto a la ventana, envuelta en un chal color marfil, con un libro cerrado sobre el regazo y esa expresión de quien ha pensado demasiado.

Había evitado la habitación endiablada desde el día anterior, pero eso no le quitaba el deseo de ir a verlo. Tendría que hacerlo más tarde, aunque le estaba dando largas al siguiente encuentro.

—Me pidió que viniera, abuela. —Tessa cruzó la estancia—. ¿Está bien?

—Tan bien como puede estar una anciana en una casa llena de comentarios —respondió ella, sin dureza. Hizo un gesto hacia la silla frente a la chimenea—. Siéntate, querida.

Tessa obedeció, aunque algo en su tono le tensó la espalda. La condesa la observó un largo instante antes de hablar.

—Han llegado a mis oídos ciertos comentarios —empezó—. No quiero saber quién los pronunció, pero temo que no carecen de fundamento.

Tessa apretó las manos sobre la falda.

—Si se refiere al vizconde, solo he hecho lo que cualquiera en mi lugar. Estaba herido.

—Nadie cuestiona tu compasión —asintió su abuela—. Lo que sí cuestionarán, Tessa, es la apariencia de las cosas.

—¿Apariencia? —repitió, ofendida.

—Vivimos en un mundo que se alimenta de ellas, querida. No se trata de lo que haces, sino de cómo lo verán los demás.

El silencio que siguió dolió más que un reproche. Tessa apartó la mirada hacia la chimenea. Las brasas temblaban con un brillo rojizo, como si también guardaran un secreto.

—¿Y qué quieren que haga? —preguntó al fin, con la voz apenas más alta que un susurro—. ¿Que deje de atenderlo solo porque podría manchar mi nombre?

—Quiero que sigas siendo prudente —dijo la condesa con suavidad—. La compasión no necesita testigos, pero los escándalos siempre los tienen.

Tessa inspiró, conteniendo el temblor.

—No tengo intención de avergonzar a nadie.

Su abuela extendió la mano y la tomó entre las suyas.

—Lo sé, hija mía. Pero, a veces, incluso las mejores intenciones acaban juzgadas con la misma dureza que los peores pecados.

Por un momento, Tessa sintió que volvía a ser una niña, buscando consuelo en aquella voz que siempre encontraba el modo de ser firme sin quebrarla.

—¿Lo dice por algo que haya oído? —preguntó, temiendo la respuesta.

La condesa suspiró.

—Solo que las paredes de esta casa escuchan más de lo que deberían. Y los pasillos, querida, repiten extendiendo el rumor.

Tessa cerró los ojos un instante.

Su abuela le acarició la mejilla con ternura.

—Eres buena, Tessa. Pero la bondad es un lujo que las mujeres no siempre pueden permitirse.

La joven asintió.

—Lo tendré en cuenta.

—Haz más que eso —dijo la condesa, con una media sonrisa—. Haz que valga la pena el riesgo que corres.

**

Tessa cruzó el pasillo con un libro en las manos. Había pasado la tarde sin verlo, y aunque su abuela le pidió prudencia, no podía evitar pensar que él seguía solo, recluido en esa habitación donde el silencio pesaba demasiado.

Llamó dos veces.

—Adelante —respondió la voz grave del vizconde.

Wrentham estaba recostado en la cama, con la pierna apoyada sobre una almohada y un gesto que conjuntaba el fastidio y el aburrimiento.

—¿Viene a asegurarse de que no haya muerto todavía? —preguntó con ironía.

—Vengo a leerle algo —dijo ella, dejando el libro sobre la mesa.

—¿A leerme?

—El médico dijo que necesita distracción, y la suya suele ser discutir. Supuse que un libro sería menos agotador.

Él sonrió, ladeando la cabeza.

—Si es un sermón, le advierto que prefiero el dolor físico. La lectura puede ser peligrosa.

—No es un sermón —respondió ella con calma, sentándose junto a la chimenea—. Es *Los paseos de invierno*, de Cowper. Mi madre lo adoraba.

El silencio que siguió tuvo algo de tregua. Tessa abrió el libro y comenzó a leer. Su voz, suave y clara, llenó la estancia. Las palabras hablaban de campos nevados, de almas que encuentran consuelo en lo simple. Wrentham la escuchó sin interrumpirla, aunque no se distrajo con la mitad de los versos.

Lo que lo atrapaba no era el poema, sino ella y la forma en que sus labios se movían, el leve temblor en su respiración al pasar la página, la serenidad de su rostro cuando creía que él no la observaba.

En cuanto terminó el fragmento, Tessa alzó la mirada.

—¿Le ha gustado?

Él no respondió de inmediato. La observaba con una intensidad que la afectó.

—No sé —dijo al fin, con voz baja—. Creo que me he perdido en otra parte del poema.

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Cuál?

—En la parte donde me hizo olvidar quién soy yo… y quién es usted.

El aire entre ambos se volvió espeso. Tessa intentó reír, pero el gesto no salió. Él se incorporó un poco, sosteniéndose del borde de

la cama.

—No debería estar sentado —dijo ella, alarmada, acercándose para ayudar.

—Sin embargo, lo estoy. —Sus ojos bajaron un instante hacia el libro, luego regresaron a los de ella—. Quizá porque me he cansado de huir de lo que siento.

Tessa retrocedió apenas, pero él la alcanzó, tomándole la mano con cuidado. Su piel estaba tibia; el pulso de él, acelerado.

—Vizconde, esto es impropio —susurró, aunque no retiró la mano.

—Lo sé. —Él sonrió con gesto de arrogancia y rendición que lo hacía peligroso—. Pero en este momento, no hay nadie más en el mundo que usted y yo.

Tessa quiso responder, aunque no halló palabras. Él la atrajo despacio, como si temiera romper algo sagrado. El beso no fue brusco ni torpe, fue una caricia temblorosa, una confesión contenida en silencio, y, por un instante, el frío del invierno se detuvo.

Los labios de Tessa temblaron antes de ceder, suavemente, como si no supieran si aceptar aquel atrevimiento o huir de él. El vizconde apenas la tocó, con la delicadeza de quien prueba algo que no debería desear, pero que ya lo ha condenado.

El contacto fue leve, casi una pregunta, pero bastó para que el corazón de ella se desbocara, y el calor del fuego pareciera subir por su piel y disolverse en el aire.

Wrentham alzó una mano, rozándole apenas el mentón con los dedos, temeroso de quebrar el hechizo.

Ella no se apartó.

Su respiración se mezcló con la de él, y, durante un instante, el mundo pareció reducirse a ese espacio diminuto entre ambos, donde solo existía el sonido del fuego y el perfume de su piel.

Cuando él se separó, el silencio pesó más que la distancia. Quedaron el fuego, el aroma a cera y el sabor inesperado de un sentimiento que ninguno supo nombrar.

Él la miró, con los labios apenas curvados.

—Le advertí que la lectura podía ser peligrosa —murmuró.

Tessa se levantó, temblorosa, sin poder mirarlo.

—Buenas noches, vizconde.

Se marchó antes de que la cordura la traicionara.

**

Los días siguientes transcurrieron en un extraño equilibrio, como si toda la casa respirara más despacio.

El vizconde no había intentado verla, y Tessa tampoco buscó pretexto alguno para subir al ala este. Era más fácil fingir que nada había ocurrido, que aquel beso no había existido más que en el eco de las llamas y en la neblina del deseo.

Sin embargo, cada vez que el mayordomo subía con la bandeja del desayuno o bajaba con las vendas usadas, Tessa encontraba alguna excusa para preguntar por el estado del huésped. Frases simples, inofensivas, que a su corazón le bastaban para alterar el pulso.

La nieve seguía cayendo, lenta y obstinada, y Highfield Hall parecía suspendida en otro tiempo. Pensó en lo que había sentido aquella noche y en lo que no debería sentir: anhelo.

Desde su habitación, Wrentham contemplaba la puerta, esperando la aparición de la joven. La pierna le dolía menos, aunque fingía lo contrario.

Había aprendido a reconocer los pasos de Tessa en el pasillo. Se descubrió esperándola, y eso lo irritaba.

Necesitaba salir de Highfield Hall.

CAPÍTULO 8

El médico llegó a primera hora de la mañana, cubierto de nieve hasta los hombros y con las manos entumecidas.
Tessa lo acompañó hasta la habitación del vizconde, donde el fuego crepitaba débilmente y el aire olía a ungüentos y a madera húmeda. Wrentham lo recibió con el ceño fruncido, fastidiado por el exceso de atención.

—Le aseguro que no moriré por un simple golpe —dijo, cuando el médico le pidió respirar hondo.

El hombre, un anciano de mejillas encendidas por el frío, lo observó con paciencia.

—No se trata de morir, milord, sino de no agravar lo que ya tiene. Sus costillas no están rotas, pero hay una fisura, y si insiste en moverse, podría terminar con una fiebre que lo deje postrado por semanas.

Wrentham entrecerró los ojos, incómodo.

—Solo necesito un coche y un poco de dignidad.

—Necesita reposo —intervino la condesa viuda desde el umbral, con ese tono sereno que no admitía réplica—. Además, los caminos están cerrados. El puente sobre el arroyo de Norwell se vino abajo anoche. Ni siquiera los correos del distrito han podido pasar.

Tessa asintió en silencio, sosteniendo el frasco de linimento que el médico había dejado. El vizconde la miró brevemente, percibiendo el destello de satisfacción en sus ojos.

—Así que estoy prisionero de Highfield Hall —murmuró, recostándose contra las almohadas.

—Piense que la prisión podría ser peor, milord —replicó la condesa viuda con ironía contenida—. Aquí no faltan el fuego ni el té caliente, y mi nieta tiene la extraña costumbre de cuidar incluso a sus enemigos.

Wrentham esbozó una sonrisa cansada.

—Eso ya lo he notado.

El médico recogió sus instrumentos, murmurando algo sobre el clima, y se retiró. La condesa, desde el umbral, los observó un instante antes de marcharse. En sus labios asomó una sonrisa apenas perceptible.

Tessa fingió indiferencia, pero el rubor le subió al cuello.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a llenar la habitación.

Tessa acercó el frasco fingiendo interés en el contenido y vio que tendrían que enviar por otro al pueblo, porque ya estaba casi vacío. Sin mirarlo, dijo:

—El médico tiene razón. Si se mueve demasiado, la herida podría abrirse o volver a perder el conocimiento.

Wrentham arqueó una ceja.

—¿Y privarme del placer de su compañía, lady Tessa? No lo creo. Soy cabeza dura, no se preocupe.

Ella dejó el frasco sobre la mesa y se volvió hacia él.

—Estoy segura de que es un cabeza dura, pero, antes de que pierda el sentido —señaló en tono irónico, con algo de humor—, lo amenazo con que lo cuidaré hasta que se cure totalmente. Eso aumentaría su tiempo de estadía en esta casa, y puede ser mucho peor para usted.

El vizconde dejó escapar una risa baja, grave, que hizo vibrar el aire entre ambos.

—Empiezo a temer por mi recuperación.

Wrentham respiró hondo. El corazón le dolía más que la pierna, y no por la herida.

El invierno se había asentado del todo sobre Highfield Hall.

La nieve cubría los tejados, el aire olía a humo de chimenea, y la casa entera parecía contener el aliento.

El vizconde Wrentham permanecía recluido en la habitación del ala este, convaleciente y tan irritado por la quietud como agradecido, aunque jamás lo admitiría, por la atención que recibía.

**

Tessa apenas lo había visto. Subía con el té o las vendas limpias, lo saludaba con un gesto cortés y desaparecía antes de que él pudiera decir algo más que “gracias”.

Aun así, la distancia no había servido de refugio. Su mente volvía una y otra vez al recuerdo del beso, breve, prohibido y tan cálido que parecía un pecado haberlo disfrutado.

A veces, mientras preparaba las infusiones o avivaba el fuego del salón, se sorprendía mirando hacia la escalera, escuchando sin querer los pasos del mayordomo que iba y venía del ala del vizconde, preguntándose si el calor del beso también había sido importante para él.

**

Wrentham, desde su habitación, sí lo recordaba. Más de una vez había cerrado los ojos intentando borrar la sensación del perfume de lavanda en el aire, la suavidad de la piel de Tessa, el temblor de su respiración.

No lo conseguía.

No podía olvidar el modo en que ella lo había mirado justo antes de que sus labios se encontraran, con asombro, sí, pero también con valentía. Una mezcla peligrosa. La clase de mirada que podía trastocar la vida de un hombre sensato.

**

A la hora del almuerzo, la condesa viuda subió a verlo.

Wrentham la recibió acomodado en la silla frente al fuego.

—Milady —saludó con una leve inclinación.

—Veo que no sigue las órdenes del médico —replicó ella, examinando la venda de su pierna—. No me sorprende. Los hombres de su clase rara vez saben obedecer.

Él sonrió apenas.

—Tal vez porque estamos acostumbrados a mandar.

—Y a sufrir las consecuencias —dijo la condesa, con una mirada que lo atravesó como un alfiler.

Wrentham desvió la vista hacia el fuego, incómodo.

—No pretendía causarles molestias.

—Oh, no. —La anciana se giró hacia él—. Las molestias son asunto menor, milord. Lo que me preocupa son los rumores.

—¿Rumores?

—Los criados tienen una imaginación prodigiosa —dijo ella con suavidad—. Usted sabe bien que las casas antiguas amplifican los murmullos más que los pasos.

Wrentham frunció el ceño.

La condesa sonrió apenas.

—No le daré un sermón, milord, pero le pido discreción, por su bien y por el de mi nieta.

Él la miró con gravedad.

—Tiene mi palabra.

—Espero que la cumpla —replicó ella, girándose hacia la puerta —. De lo contrario, ni la nieve ni la distancia salvarán a ninguno de los dos del escándalo.

Cuando la puerta se cerró, el vizconde exhaló con lentitud. Apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón, observando el fuego.

Discreción. Sí. Era lo único sensato y, sin embargo, cuando oyó los pasos ligeros de Tessa acercarse por el pasillo con la bandeja del té, comprendió que la sensatez no tenía la menor oportunidad.

CAPÍTULO 9

Esa tarde, Tessa entró a la habitación de huéspedes detrás de Grace, que llevaba el carrito con el servicio del té, seguida por Ned, el joven valet personal de Wrentham, quien supervisaba cada detalle con la seriedad inherente a su puesto.

Tessa caminaba un paso detrás, sosteniendo el frasco de medicamento que el sirviente había dejado hacía unos minutos. Ella no tenía la obligación de entregarlo, pero esa excusa de *verificarlo en person a* le había venido de perlas.

Era la primera excusa del día.

Cuando llegaron al umbral de la habitación, Grace hizo una reverencia leve y entró para dejar la bandeja sobre la mesa. Ned, siempre rígido, abrió las cortinas apenas un poco más y revisó la posición de los cojines en el espaldar de la silla del vizconde.

Tessa esperó. Pretendió paciencia, pero su corazón golpeaba demasiado fuerte contra las costillas.

—Lady Tessa, ya está servido —dijo Mary, tomando la bandeja vacía.

—Gracias, Mary. —Tessa sonrió con suavidad—. Ned, ¿algo que deba saber antes de que comience la noche?

Ned carraspeó, incómodo por ser interpelado por una *lady*.

—Milord ha descansado bien, milady. Solo… —miró al vizconde, como pidiendo permiso—. Ha estado un poco inquieto desde esta mañana.

Tessa sintió un latido extraño bajo la piel. Afectado, como ella.

—Ya veo —respondió, en tono neutro—. Gracias, Ned.

Grace y el joven hicieron una reverencia y salieron, cerrando la puerta detrás de ellos.

La estancia quedó sumida en un silencio cargado e inaceptable.

Pudo haberle pedido a Grace que se quedara, como lo había hecho algunas veces para disimular. Pero el anhelo egoísta que le ardía en el pecho, y la certeza no admitida de que él tampoco deseaba su partida, le impidió obedecer. Las normas y la prudencia

exigían que se marchara, pero ellos, por acuerdo tácito y desesperado, simplemente no podían permanecer alejados.

Ella contravino el mandato de su familia y se quedó, sosteniendo el frasco del medicamento como la coartada más endeble y transparente.

El silencio que quedó fue distinto. Más denso. Más vivo.

Wrentham la observaba desde el sillón, el ceño levemente fruncido, como si intentara descifrar la excusa que la había llevado hasta allí. Su mirada no era de extrañeza, sino de profundo desconcierto.

—¿Trae más medicinas, lady Tessa? —preguntó él, señalando el frasco que ella sostenía.

El vizconde ladeó la cabeza apenas, como si midiera cada palabra antes de permitir que escapara de sus labios.

Tessa avanzó dos pasos, lo suficiente para que la luz tenue de la tarde delineara su silueta y el frasco brillara entre sus dedos.

—El médico dijo que debía aplicarse otra dosis antes del anochecer —respondió ella con serena compostura, aunque su pulso estaba lejos de serlo—. Solo vine a asegurarme de que no lo olvidara.

Wrentham no bajó la mirada hacia el frasco. La mantuvo fija en ella, como si esa respuesta no le bastara.

—Es usted una mujer muy diligente, *milady* —murmuró.

Su voz era suave, pero arrastraba una insinuación que la envolvió como un roce invisible.

Tessa tragó con discreción. No debía responder y entrar en ese juego.

—Es mi deber —dijo, despacio, sentándose junto a la mesa donde descansaba la tetera—. Nada más.

Wrentham dejó escapar una risa breve, sin humor.

—Me preocupa, milady, que acabe agotada de tantos deberes, especialmente aquellos que nadie le exige.

Tessa sintió cómo el calor le subía por el cuello. El frasco tembló entre sus dedos. Era injusto que él siempre encontrara las palabras exactas para desarmarla.

—Si vine —dijo con voz más baja de lo que pretendió— es porque deseaba saber cómo estaba.

Luego añadió, demasiado rápido:

—Tenía razón. Ned dijo que parecía inquieto.

Wrentham arqueó una ceja. El gesto fue leve, pero en él había una chispa peligrosa.

—Qué perceptivo es Ned —murmuró con sarcasmo—. Tendré que darle un aumento.

Tessa, desconcertada, dio media vuelta fingiendo revisar la bandeja del té.

—No debería inquietarlo nada. Ya está recuperándose.

—Oh —dijo él, y su voz adquirió un tono más grave, más íntimo —. Hay cosas que inquietan más que una herida.

Ella se quedó inmóvil, con la espalda hacia él, sintiendo su respiración acelerarse. No quería preguntar, pero lo hizo, sin poder evitarlo.

—¿Qué podría inquietarlo a usted?

Hubo un silencio que pesó más que cualquier palabra previa.

La madera crujió bajo el fuego, como testigo.

Wrentham respondió sin suavidad, sin desvíos, sin máscara:

—Su ausencia.

Tessa se volvió demasiado rápido. El frasco chocó contra el borde de la bandeja, dejó un pequeño sonido.

Wrentham no apartó la mirada.

—Desde hace días apenas la veo entrar y salir —continuó él, con esa calma que ocultaba tempestades—. Siempre la oigo en el pasillo, pregunta por mí al mayordomo, pero a mí no me mira.

Ella apretó los labios, buscando palabras que no llegaban.

—No quería importunarlo.

—¿Importunarme? —repitió él, como si el término fuera una broma privada—. Lady Tessa, si algo ha sido estos días, es lo contrario.

El corazón de Tessa dio un brinco. No supo si por miedo o por esperanza.

—No debería decir esas cosas —susurró.

—Lo sé —dijo él, sin moverse—. Pero parece que últimamente no sé hacer lo que debería.

Tessa respiró hondo, intentando recuperar el control.

—Vizconde… lo que ocurrió aquella tarde…

Las palabras se le quebraron. Él inclinó apenas la cabeza, como si temiera la continuación.

—No debió ocurrir —terminó ella, obligándose a decirlo—. Fue un error.

La expresión de Wrentham se endureció. Apenas un segundo, pero ella lo vio.

—¿Un error? —repitió él, muy despacio, como si probara la palabra y le supiera amarga.

Ella asintió.

—Sí. Las circunstancias… el aislamiento… el clima…

—¿Y sus labios? —interrumpió él, con suavidad peligrosa—. ¿También fueron culpa del clima, lady Tessa?

La pregunta cayó entre ambos como una chispa sobre pólvora.

Tessa dio un paso atrás. Tenía que irse y recuperar el aire antes de ahogarse.

—No hable así —pidió, sin lograr ocultar el temblor—. No es decoroso.

Wrentham se inclinó apenas hacia ella, desde su asiento, sin tocarla, pero ocupando el espacio con su presencia.

—No lo es —admitió—. Pero no sé cuál parte me preocupa menos, que usted crea eso… o que yo ya no pueda fingir que no la deseo.

Tessa perdió el aliento. La palabra deseo, dicha por él, la atravesó por completo.

—No puede… —susurró.

—No debo —corrigió él—. Pero sí puedo.

Tessa sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies.

—Debo irme —dijo, retrocediendo—. Es tarde y usted necesita reposo.

Wrentham la miró como si esas palabras fueran un portazo.

—¿Vendrá mañana? —preguntó, y su voz ya no era arrogante sino humana.

—No lo sé —murmuró ella.

Mentía. Volvería. Lo sabía, y él también.

Cuando giró hacia la puerta, su corazón latía como si hubiera corrido kilómetros. Pero, antes de tocar el picaporte, él habló de nuevo.

—Lady Tessa…

Ella se detuvo.

Tessa abrió la puerta con un movimiento torpe.

—Buenas noches, milord.

Salió antes de que el corazón la traicionara.

CAPÍTULO 10

El vizconde apenas había dormido. El dolor en la pierna y las costillas era intenso, sí, pero no era eso lo que lo mantenía despierto. Eran las palabras de Ned.

El muchacho había entrado con gesto preocupado, cargando el agua caliente para el lavado del vendaje, y después de unos titubeos que no le eran propios, soltó la noticia:

—Milord, la servidumbre está hablando demasiado.

—¿De qué demonios hablan? —preguntó él, irritado.

—De usted y de lady Tessa.

Había intentado reírse. Había fracasado.

—Los mismos rumores de hace días —murmuró Ned—. Que ella lo cuida más de lo que debería. Que entra sola. Que la ven sonrojada. Que usted no la aparta ni la reprende.

—¡Qué tontería!

—No para la gente, milord —respondió el *valet* con calma dolorosa—. Si no fuera por la tormenta, esas historias ya habrían salido de esta casa hacia la aldea, y si llegan al pueblo… llegarán al condado, y de ahí a Londres.

Londres.

La palabra cayó en su pecho. Los círculos de Londres no perdonaban. Mucho menos cuando estaban involucradas dos casas antiguas como Wrentham y Whitmore. Había pasado años construyendo una reputación de corrección férrea, de disciplina, de honor casi cruel. Todo eso podía desmoronarse por un accidente, una tormenta… y por el temblor en las manos de una muchacha que no sabía ocultar lo que sentía.

Recordarla inclinada sobre él, limpiando la herida con una delicadeza que nadie le había ofrecido jamás, le produjo un estremecimiento que no tenía nada que ver con el dolor físico. Había cometido una imprudencia. Habían compartido un beso. Su orgullo

lo había negado, pero su memoria no, y ahora los rumores crecían como maleza en los rincones de Highfield Hall.

Reginald apretó los puños. No podía permitir que su nombre arrastrara el de ella. Si llegaba a oídos de los vecinos, sería ella, no él, quien pagaría el precio. Una joven sin madre, con una casa al borde de la ruina y una reputación que pendía de un hilo por la enfermedad del conde y la escasez de personal. Él, un hombre hecho y derecho, incapaz siquiera de salir sin ayuda.

El golpe más duro, sin embargo, fue un pensamiento que lo atravesó con violencia:

La reputación de Tessa estaba ahora comprometida. El único camino para restablecerla era el matrimonio, y no faltaría mucho para que algún terrateniente vecino, con el pretexto de la decencia y la compasión, se acercara a su padre con una oferta formal.

Si él no actuaba ahora, otro hombre podría ofrecer matrimonio para resguardar el nombre de Tessa. Alguien sin su pasado, sin una deuda de por medio y sin la sombra de resentimiento entre ambas casas. Alguien que, con buenas intenciones, le arrebataría la única cosa que Wrentham sentía que le pertenecía.

Alguien que no la amara sin remedio.

Se quedó inmóvil, el pecho ardiendo con una mezcla insoportable de vergüenza, orgullo y una sensación nueva que le resultaba peligrosamente intolerable.

—¿Qué dicen exactamente? —preguntó al fin.

Ned tragó saliva.

—Que hay afecto, milord. Que usted la mira como si ella fuera más que una anfitriona, y que lady Tessa no es indiferente.

Wrentham cerró los ojos, el rostro crispado. No podía tolerar el riesgo. No podía tolerar la idea de verla unida a un desconocido, por más honorable que fuera. Su agonía física era insignificante comparada con el terror de perderla por su propia imprudencia.

—Ned —dijo, su voz ronca de dolor, pero firme con una resolución repentina—. Quiero ver al conde Whitmore inmediatamente. Necesito hablar con él a solas, sin falta.

Ned lo ayudó a ponerse la casaca, y en cuanto estuvo listo, se apoyó en el bastón, apretando los dientes cuando el peso cayó sobre

la pierna herida.

—Milord, no hay que exagerar. Podría esperar unas horas.

—No tengo horas —respondió con dureza suave—. Llévame hasta el estudio del conde.

Bajaron las escaleras despacio, peldaño a peldaño, como si estuvieran hechas para humillar a los hombres heridos. Cada respiración lo punzaba, cada movimiento le recordaba la fisura en las costillas, pero nada de eso importaba.

Lo que lo sostenía no era el bastón ni la fuerza de Ned. Era la certeza de que, si no actuaba ahora, si no hablaba ahora, perdería mucho más que el control de una deuda.

La puerta del estudio estaba entreabierta. Se oía al conde toser, un sonido áspero, casi doloroso.

No esperaron que Thomas los anunciara; el hombre brillaba por su ausencia. A lo mejor estaban en aquelarre con los demás para arruinar a Tessa, meditó furioso. Ned anunció:

—Milord Wrentham solicita hablar con usted, milord.

—Que pase —respondió el conde, con voz tensada por el cansancio y el disgusto.

Reginald entró. La estancia olía a hierbas y humedad. El conde estaba de pie junto al escritorio, apoyado en su bastón, envuelto en una gravedad que parecía más pesada que la nieve en los tejados.

Los ojos de Whitmore se abrieron con incredulidad.

—¡Por el amor de Dios, joven! —gruñó—. ¿Ha perdido usted el juicio? El médico dijo que debía guardar cama.

Reginald enderezó los hombros, el orgullo sosteniéndolo más que sus huesos.

—Hay cosas que no pueden discutirse desde una cama, milord.

El silencio se interpuso entre ambos, denso como una cortina. Ned abandonó la estancia.

El conde habló primero:

—¿Qué asunto es tan urgente que lo trae hasta aquí, arriesgando su vida y la cordura de quienes deben cuidarlo?

Reginald respiró hondo.

—Los rumores.

El conde parpadeó. No era la respuesta que esperaba, y eso lo descolocó.

—¿Rumores? ¿Qué demonios…?

—Sobre su hija y sobre mí —dijo Wrentham, sin rodeos, sin suavizar nada—. Rumores que, de no actuar ahora, destruirán la reputación de lady Tessa.

El conde dejó caer el bastón contra el suelo con un golpe sordo.

—¿Qué ha hecho? —la voz salió como un látigo—. ¿Qué ha hecho usted para poner el nombre de mi hija en boca de la servidumbre?

Reginald sostuvo su mirada sin pestañear.

—Nada —mintió, recordando el beso.

Whitmore respiró hondo, furioso.

—¡Mi hija lo cuidó porque estaba moribundo! ¿Y usted… usted se atreve a convertir eso en una deshonra?

—No —dijo Reginald, firme, controlado, casi frío—. Me atrevo a evitarla.

El conde lo estudió. Vio el temblor apenas perceptible en sus manos, el dolor que intentaba ocultar, la determinación que le tensaba el rostro.

—¿Qué pretende, señor? —preguntó finalmente, con voz baja.

Reginald enderezó la espalda.

—Pretendo hablarle en los únicos términos que la sociedad entenderá.

Hablé con Ned. Sé lo que dicen los criados. Sé lo que dirán los vecinos, apenas la tormenta pase.

El conde cerró los ojos unos segundos, y cuando volvió a abrirlos, su mirada era una mezcla insoportable de orgullo herido, miedo y agotamiento.

—Dígame ya lo que ha venido a decir —ordenó.

Reginald inhaló.

—He venido a pedir la mano de su hija.

El silencio que cayó no fue un silencio cualquiera. Fue uno que resonó en una habitación demasiado pequeña.

El conde no respiró. No pestañeó. Solo lo miró como si no hubiera escuchado bien.

—¿Qué… qué acaba de decir?

—Lady Tessa —repitió Reginald, con voz grave—. Quiero casarme con ella.

El conde sintió que la habitación giraba un instante. Se apoyó en la mesa, buscando aire. Esa sería la solución que tanto había pedido a los dioses, pero necesitaba saber más. Tessa no le perdonaría que la vendiera por el pago de una deuda. Su terca e impulsiva hija menor, la joven del corazón de oro… Se le partía el corazón por lo que había obligado a hacer a sus hijas, pero Tessa… en el fondo era una romántica incurable como sus hermanas, y verla del brazo de un hombre calculador que no sintiera nada por ella sería un golpe duro para él.

—¿Por… por deber? —logró decir, con un hilo de voz.

Reginald lo sostuvo con toda la verdad que había reprimido durante días.

—Por deber, sí —dijo—, pero también porque la estimo más de lo que puedo admitir en voz alta.

El conde no habló.

Reginald continuó:

—De ese modo, la deuda entre nuestras casas quedaría saldada. No habrá ruina para ustedes. Tampoco escándalo ni nada que los perjudique.

El conde se reclinó un poco en su sillón de cuero, su rostro una máscara de hielo que, por primera vez en mucho tiempo, exhibió una grieta pequeña. Humana. El quiebre en su imperturbable fachada fue tan breve como un parpadeo, pero Reginald lo captó.

—¿Lo dice en serio? —La voz del conde era un susurro grave que apenas traspasó la madera pulida de su escritorio.

Reginald apretó la mandíbula, sintiendo una punzada de nerviosismo que se mezcló con la obstinación. Si vacilaba ahora, lo perdía todo.

—Tan en serio —respondió con una firmeza que no sentía, mirando directamente a los ojos inquisitivos de Whitmore— como que, si no lo hago ahora, otro hombre podría reclamar ese honor antes que yo, y no voy a permitirlo.

El conde se irguió de golpe. Whitmore golpeó la mesa con el bastón: un sonido seco y atronador que resonó en el silencio del estudio, haciendo saltar un tintero de plata.

—¡Mi hija no es un botín ni una transacción! —La indignación le inflamó las mejillas.

Reginald sintió el latigazo de la reprimenda, el eco del juicio social que lo había perseguido toda su vida, y aun así, no retrocedió. Mantuvo la barbilla alta, obligándose a afrontar la furia.

—Lo sé —dijo, su voz más suave y honda ahora—. Por eso estoy aquí, dando este paso, herido, vulnerable y sin garantías. No soy el hombre que usted querría para ella, milord. No puedo ofrecerle la perfección. Pero sí brindarle mi nombre y lo que quede de mi negro corazón.

El conde lo miró largo rato. Demasiado. El silencio se hizo pesado, cargado con el peso de la historia de ambas familias y la suerte de Tessa.

Reginald no desvió la mirada, dejando que el conde leyera cada cicatriz de su alma.

Al final, el conde exhaló un suspiro casi inaudible. Murmuró, más para sí mismo que para Reginald.

—Tessa jamás aceptará que esto se haga por deber. Ha estado resentida con usted mucho tiempo.

Reginald bajó la mirada por primera vez, el comentario del conde golpeándolo justo donde más dolía. La perspectiva del rechazo de Tessa era un espectro que no había podido desterrar.

—Entonces deberá aceptarlo por otra razón —dijo, su voz rasposa.

El conde entrecerró los ojos, el atisbo de humanidad desapareciendo de nuevo bajo una capa de cautela aristocrática.

—¿Cuál?

Reginald tragó saliva. El sabor del miedo y la desesperación era amargo, pero le dio la fuerza para seguir adelante. Una sola oportunidad. *Si fallo, la pierdo.* Alzó la vista, dejando al descubierto la cruda súplica en sus ojos.

—Por mí.

CAPÍTULO 11

El pasillo del ala este estaba en silencio. Lady Tessa Whitmore iba de camino a la biblioteca con un manojo de papeles de cuentas, que su abuela había dejado en la salita aledaña a la habitación donde reposaba Wrentham, cuando escuchó voces detrás de la puerta entreabierta. Se detuvo en seco.

La voz profunda, inconfundible y autoritaria, era la de Reginald; la otra, más baja, tensa, casi una queja, era la de Ned, su *valet*.

Tessa se congeló. No pretendía escuchar, pero el nombre de su familia y el tono urgente de la conversación la petrificaron.

—Milord —decía Ned, con un hilo de preocupación en la voz—, no era necesario un paso tan extremo. No tenía por qué involucrarse así.

El silencio que siguió fue breve pero agudo, haciendo vibrar la sangre en los oídos de Tessa. Reginald respondió con voz baja, una claridad cortante e irritada.

—Sí, tenía que hacerlo, Ned. Es una cuestión de activos y pasivos. Los rumores crecían. Si la tormenta no hubiera cerrado los caminos, media Sussex estaría señalando a la hija del conde y eso es una devaluación de la propiedad.

Tessa sintió que el mundo se inclinaba bajo sus pies; sus músculos se tensaron hasta el punto del dolor.

¿Devaluación de la propiedad? ¿Está hablando de mí?

—Pero ofrecer matrimonio… así… —insistió Ned, casi en un susurro—. Fue precipitado.

—No fue una oferta —corrigió Reginald, y la palabra salió seca y sin adornos—. Fue un cierre de trato inevitable. No podía permitir que una joven Whitmore, un pilar de la respetabilidad en este condado, cargara con un escándalo por un… percance logístico.

Tessa apretó los papeles contra el pecho con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Era como recibir una bofetada helada. El aire parecía espesarse, volviéndose irrespirable.

—Además —continuó Reginald, y su voz sonaba ahora más calculadora, enfocada en la estrategia—, Whitmore no iba a escuchar razones sin un argumento de peso. La deuda es el único terreno en el que aún se mantiene firme. Él valora la solvencia por encima de todo.

Otra bofetada. Cruel y materialista. *¿Soy la moneda de cambio? ¿El precio de la deuda de mi padre?*

—La deuda —repitió Ned, el asombro evidente—. Entonces… ¿ese fue su poder de negociación?

Reginald soltó un suspiro áspero, un sonido de impaciencia.

—No es poder. Es la única vía tangible que tengo para arreglar la situación que he provocado. Es un intercambio justo: mi nombre y capital por la restauración de su honor social. No podía dejar que el valor de lady Tessa en el mercado de bodas se viera… manchado.

El corazón de Tessa dio un espasmo doloroso. No por pena, sino por rabia y humillación. No había una pizca de afecto o preocupación por ella como persona. Solo negocios.

—Es el paso correcto para todos los involucrados —terminó él, con una finalidad inmutable—. Nada más.

Tessa no necesitó escuchar más. Cada palabra la había atravesado. Retrocedió dos pasos, sintiendo un temblor furioso recorrerle el cuerpo.

Los papeles de cuentas se resbalaron de sus manos, dispersándose por el suelo de mármol como los fragmentos de su propio corazón.

No los recogió. No podía. El orgullo y la herida eran demasiado grandes. Solo dio media vuelta y bajó las escaleras con una furia fría anidada en el pecho.

**

El eco de sus pasos resonaba en el corredor mientras Tessa descendía. No era un andar tranquilo, sino una marcha contra la humillación.

Le ardían los ojos con una rabia seca que se negaba a convertirse en lágrimas. No delante de nadie.

Encontró a su padre en el despacho, inclinado sobre un montón de papeles de Highfield Hall que parecían consumir su energía vital.

El conde levantó la cabeza al verla entrar sin anunciarse. Su expresión de preocupación se agudizó.

—Tessa, por el amor de Dios, ¿qué sucede? Tienes el rostro como mármol.

Ella no respondió de inmediato. Respiró hondo. Dos veces. El aire le raspaba la garganta.

—Padre… ¿es cierto?

Su voz era apenas un susurro.

—¿Es cierto que el vizconde Langford le ha hecho una propuesta de matrimonio?

El conde entrecerró los ojos, sorprendido por la dureza de su tono.

—¿Cómo te has enterado?

—Respóndame, padre —insistió ella sin ceder un ápice.

Alistair suspiró, se quitó los lentes y los dejó sobre el escritorio. Sabía que no había forma elegante de envolver esa verdad.

—Sí, Tessa. Es cierto. Reginald Langford me ha pedido tu mano.

Ella sintió el impacto en el pecho, aunque ya lo supiera.

Un crujido de leña en la chimenea fue lo único que se escuchó.

—¿Y usted aceptó? —susurró ella, aunque la pregunta era retórica.

—No de inmediato —repuso él, tenso—. Pero la propuesta es sensata. Dadas nuestras circunstancias financieras.

—¿Sensata? —ella soltó una risa amarga y hueca que resonó en el estudio—. ¿Va a decirme que voy a casarme porque es sensato, padre? ¿Porque es una buena inversión para usted?

El conde se puso de pie con cierta torpeza, molesto por la precisión de su hija. Aunque estaba acostumbrado a los enfrentamientos, no le gustó verla así, con el dolor convertido en desdén.

—Tessa, hija, escúchame bien. Reginald es un hombre respetable, con tierras, un futuro asegurado y además…

Dudó. La verdad era pesada. Ella lo miró con un brillo helado, exigiéndola.

—¿Además… qué?

El conde inhaló lentamente, como si mordiera una verdad amarga.

—Además, ha saldado la deuda. La ha cubierto en su totalidad.

Tessa parpadeó. Un segundo de confusión.

—¿Qué deuda?

El conde bajó la mirada, visiblemente avergonzado.

—Le debía siete mil libras a Wrentham, Tessa. Por la inversión fallida en el canal.

—¿Siete mil…? —la voz se le quebró. La cifra era abrumadora; la traición, intolerable—. ¿Y nos lo ocultó? Ahora entiendo todo. El afán de que todas nos casáramos. Si voy a ser la res del sacrificio, mis hermanas no hubieran tenido que salir de aquí.

—No quería preocuparlas. He hecho todo lo posible por mantener Highfield Hall a flote —su voz se volvió más áspera, confesando la humillación—. Esa cifra fue su moneda de negociación.

La expresión de Tessa cambió. El dolor se disipó, dejando solo un núcleo de acero.

—¿Moneda? ¿Soy una pieza de su contabilidad?

—Hija…

—¿Mi vida es su moneda, padre? ¿Es ese el precio de Highfield Hall?

—No lo veas así.

—¿Cómo quiere que lo vea? —estalló ella—. ¡Acaba de venderme! ¡Ha hipotecado mi futuro y mi libertad a cambio de solvencia!

Su respiración temblaba, pero la furia la mantenía en pie.

El conde se acercó, intentando tocarle el hombro con un gesto conciliador.

Ella dio un paso atrás, evitándolo. El rechazo fue físico.

—Tessa… él te ofrece seguridad. Protección. Un nombre impecable que asegura tu posición. Nadie mejor que él podría garantizar…

—¡No necesito garantías! —lo interrumpió con un grito ahogado —. ¡Lo que necesito es que no me traten como si fuera una parcela

hipotecada!

Alistair apretó los labios.

—Reginald solo quiere evitar un escándalo —dijo en voz baja, apelando a la razón—. Tu nombre corre riesgo después de tantos días con él en esta casa, y él lo sabe. Ha sido honorable.

El golpe fue directo al corazón, confirmando cada palabra que Reginald había dicho a Ned.

—¿Así que ahora soy un riesgo reputacional que debe ser absorbido? —preguntó ella, con una frialdad que no parecía suya.

—Tessa… —el conde la miró con cansancio, con la derrota de un hombre acorralado—. Sé que esto no era lo que soñabas. Pero es un buen matrimonio que asegura tu futuro y la continuidad de nuestro hogar.

Ella lo observó largo rato y comprendió algo que la rompió por dentro, pero que al mismo tiempo la consolidó, su padre no lo había hecho por maldad, sino por desesperación. Pero la desesperación no era excusa para venderla.

Respiró hondo, giró hacia la puerta y dijo, con una voz extrañamente calmada:

—Quiero hablar con él.

—Tessa, no estás en condiciones de…

—Voy a hablar con él —repitió, helada pero firme—. Y créame, padre —lo miró por encima del hombro, los ojos encendidos por un dolor que ya era furia pura—. No será una conversación amable.

Salió sin esperar respuesta, sus pasos resonando en el corredor como un dictamen.

El conde se dejó caer en la silla, pasándose una mano por el rostro. Sabía que lo que venía sería una tormenta peor que cualquiera afuera.

CAPÍTULO 12

El vizconde Wrentham, apoyado sobre el bastón, movía cautelosamente su peso hacia la pierna sana mientras Ned organizaba las mantas sobre el sillón con un movimiento nervioso. La cojera de Reginald era más evidente bajo la tensión.

—Milord, debería permanecer sentado —insistió el *valet*, preocupado.

—No pienso recibir a nadie desde una posición de debilidad —gruñó Reginald. El ceño fruncido le marcaba la frente—. No hoy.

El nudo en su estómago, una mezcla insoportable de culpa y obligación desde la conversación con el conde, lo consumía. El acuerdo estaba hecho. La decisión tomada. La responsabilidad sellada.

Ned abrió la boca para responder, pero un golpe seco y contundente resonó en la puerta. No fue una llamada, sino una exigencia.

El vizconde no tuvo tiempo de decir «adelante», porque la puerta se abrió con una firmeza que hizo crujir el marco, y lady Tessa Whitmore entró.

Tenía las mejillas encendidas, los ojos brillantes y una postura tan rígida que hizo que Reginald sintiera algo muy parecido al miedo. Era la encarnación de la furia silenciosa. ¿Tan mal había recibido la propuesta?

Ned retrocedió dos pasos, sintiéndose superfluo, y salió de la habitación. Reginald apenas logró enderezarse, sintiendo un latigazo de dolor en sus costillas al hacerlo.

—Lady Tessa… —alcanzó a decir, su voz ronca.

Ella cerró la puerta con una calma deliberada que no combinaba con el temblor furioso que le recorría los brazos. El sonido del cerrojo al caer resonó en el silencio, sellando la habitación.

—¿Me permite hablar, milord? —preguntó con voz baja, tan controlada que era aterradora.

Reginald tragó saliva, apoyando todo su peso en el bastón de ébano.

—Por supuesto.

Tessa cruzó la habitación con pasos medidos hasta quedar a un metro de él. Lo miró con una intensidad que le atravesó la piel.

—Acabo de hablar con mi padre —comenzó sin preámbulos—. Me ha dicho que le pidió mi mano en matrimonio.

Reginald sostuvo su mirada. Sabía que no podía negar nada.

—Sí —confirmó, su voz firme a pesar de la punzada de dolor—. Así es.

Ella respiró hondo.

—También me ha dicho que la deuda ha sido saldada por usted.

Una pausa dura, glacial.

—A cambio de mí.

Reginald sintió el impacto como un golpe invisible.

—No fue a cambio —intentó decir, el argumento legal ya listo—. Era solo la forma de…

Tessa levantó la mano, con una autoridad inusual.

—Silencio. Déjeme terminar.

Ella se acercó otro paso, invadiendo su espacio personal. Él tuvo que apoyarse aún más en el bastón para no tambalearse.

—He escuchado su conversación con su *valet* —dijo con claridad letal—. Cada palabra.

Los ojos de Reginald se abrieron un poco, no por sorpresa: por la confirmación del desastre.

—Tessa…

—«Devaluación de la propiedad».

Sus palabras murieron al instante. El eco que quedó fue una punzada de dolor.

—«Intercambio justo».

Otro golpe. Él sintió cómo su fachada de nobleza se desmoronaba.

—«Nada más que un cierre de trato para limpiar la situación».

Reginald palideció bajo el peso de su propia vergüenza.

—Eso no era lo que quería decir. Era solo la forma de hablar con Ned.

—Eso fue exactamente lo que dijo —replicó ella. Su furia contenida vibraba en el aire—. ¿Eso soy yo para usted, milord? ¿Un activo? ¿Una pieza de contabilidad que evitará que las cuentas de mi padre se vean mal? ¿Un escándalo que necesita limpiar?

Él dio un paso, pero el dolor en su costado lo obligó a detenerse, dejándolo impotente.

—Tessa, escúchame…

—No —lo interrumpió, temblando—. Me escuchará usted a mí.

El silencio se volvió insoportable. Tessa avanzó hasta quedar tan cerca que él pudo ver el temblor en sus labios y la humedad contenida en sus ojos.

—Yo lo cuidé —dijo ella, con voz repentinamente quebrada—. Puse mis manos en sus heridas. Recé para que no muriera por culpa de ese accidente. Le di mi confianza. ¿Y usted negocia mi libertad como si yo fuera un fardo de lana hipotecado?

Reginald apretó la mandíbula.

—No fue así.

—Entonces, ¿cómo fue? —exigió ella—. ¿Cómo debo interpretar que se presente ante mi padre y use la deuda para comprar mi futuro y así "recuperar mi valor en el mercado"?

Él cerró los ojos un instante. La defensa se había derrumbado. Solo quedaba la verdad.

Habló con la voz desnuda, despojada de su armadura de vizconde:

—Porque tenía miedo.

Ella lo miró como si hubiera escuchado una burla.

—El miedo no es una excusa —siguió él, forzando cada palabra —. Tenía miedo de lo que dirían y de que usted pagara el precio de mi imprudencia con su reputación, con su vida. Tenía miedo de arruinar su nombre y, por Dios… —tragó saliva— tenía miedo de lo que siento por usted.

Tessa entreabrió los labios, sorprendida, pero el dolor era más fuerte que cualquier emoción.

—Pues lo arruinó igual —susurró—. Porque al hacer esto, me arrebató la decisión. Me quitó el derecho a elegir la única razón por

la que una mujer de mi posición tiene que casarse: por voluntad propia.

Reginald respiró hondo.

—No quise quitarle nada.

—Me quitó la ilusión —replicó ella—. ¿Cómo voy a creer ahora cualquier palabra suya, Lord Wrentham?

Él dio otro paso. La pierna tembló visiblemente, pero avanzó igual.

—Créame esto —dijo, la voz profunda, rota—. Sí, usé la deuda para que su padre me escuchara. Era la única llave para abrir esa negociación, pero no para comprarla. Lo hice porque no veía otra forma de proteger lo que es usted sin poner en evidencia lo que yo sentía.

Ella dio un pequeño paso atrás.

—Usted no me quiere proteger —susurró—. Me quiere poseer.

Ese golpe sí lo derrumbó. Reginald se quedó en silencio, encorvado.

Ambos respiraban con dificultad.

Finalmente, Tessa dio un paso hacia la puerta.

—Me casaré si así lo exige mi padre —dijo, la voz plana—. Porque ahora mi honor es una extensión de la deuda. Ya no tengo elección.

Él cerró los ojos.

—Pero no lo amaré —susurró ella. Esa frase, suave como ceniza, destruyó el último vestigio de esperanza que él albergaba.

Alargó una mano, ruego patético.

—Tessa… por favor…

Ella abrió la puerta sin volver la vista.

—Buenas noches, milord.

Se marchó.

La puerta se cerró con un *clic* suave. Reginald se dejó caer sobre la silla, sintiendo que el dolor de las costillas no era nada comparado con lo que ardía en el centro de su pecho.

**

La habitación estaba casi a oscuras. Solo la luz trémula del fuego iluminaba la mesa donde Reginald Langford, vizconde Wrentham, se inclinaba sobre un pliego de papel, con la pluma suspendida entre los dedos.

El silencio era absoluto, pero su mente rugía como un animal herido.

Llevaba más de una hora sin escribir una sola palabra. La pluma había dejado un trazo, luego otro, después una página entera tachada. No lograba ordenar lo que sentía; y él, un hombre de orden, de cifras, de lógica, se encontraba ahora atrapado en un territorio donde nada obedecía reglas.

Solo sabía que tenía que dejar su corazón en ese papel.

Había cometido el peor error posible: mezclar sentimiento con deber, deseo con miedo, honor con pasión. Y ahora ella lo miraba como si fuera una desgracia… o peor aún, como si no fuera digno de ella.

Respiró hondo, apoyó la mano en el escritorio para detener el temblor y por fin escribió.

**

Al día siguiente, cuando Ned llegó a su habitación, el vizconde ya estaba listo para irse a casa, aunque tuviera que arrastrarse hasta Wrentham Hall.

—¿Milord? —asomó la cabeza, respetuoso.

Reginald entregó al sirviente el pedazo más vulnerable de sí mismo, envuelto en un sobre.

—Entréguesela —dijo con voz baja—, pero no ahora. Solo cuando yo ya me haya marchado.

Ned lo miró sorprendido.

—¿Milord pretende partir hoy?

—Sí, ya es suficiente —respondió él con una sonrisa amarga—. No me quedaré un día más donde no soy bienvenido.

Ned tomó la carta con ambas manos, como si fuera frágil.

—Milord, con el debido respeto… ¿no desearía hablar con lady Tessa primero?

—Si me quedo —respondió él, la voz ronca—, no podré marcharme. Y ella no debe sentir que está obligada a aceptarme. Ni siquiera por compasión.

Ned asintió, conmovido.

—Entiendo, milord.

—Envíe por el carruaje —añadió Reginald—. La tormenta amainó anoche y pida un par de sirvientes más para asistirme.

—Así se hará.

Reginald inspiró hondo, apoyó ambas manos en el bastón y, con un esfuerzo que le arrancó un gesto de dolor, se puso de pie.

—Ayúdeme con el abrigo —ordenó. Esta vez, la voz no tenía dureza. Era una súplica disfrazada.

**

Tessa salió de su habitación para reunirse con la condesa viuda. No había dormido. La ilusión hecha añicos seguía punzando por dentro.

Oyó pasos prudentes detrás de ella.

—Milady —dijo una voz contenida.

Tessa se giró. Ned estaba allí, pálido, con el abrigo húmedo y los ojos tensos.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

El joven miró a ambos lados, tragó saliva y bajó la voz.

—Lo que estoy a punto de hacer podría costarme el trabajo, pero no puedo callar. —Sacó un sobre—. Milord me ordenó entregárselo solo cuando él ya se hubiera marchado.

El corazón de Tessa se detuvo.

—¿Marcharse? —susurró.

—Hoy mismo, milady. Aunque apenas puede caminar. Dice que debe irse antes de causarle más daño.

Ned extendió la carta un poco más.

—He visto cómo la mira —murmuró—, y cómo su ausencia lo consume. No puedo dejar que se vaya sin que usted sepa la verdad.

Tessa parpadeó, desconcertada y herida.

—Escuché una conversación —susurró ella—. Habló de mí como si fuera una transacción.

El rostro de Ned se descompuso.

—Milady, no era lo que parecía. Milord habla así cuando intenta ocultar lo que siente de verdad, cuando algo lo supera.

El joven bajó la mirada.

—No sé qué dice esta carta —añadió, con voz temblorosa—. Solo sé que jamás lo vi escribir con ese desasosiego.

Tessa sintió un temblor recorrerle las manos.

Tomó el sobre, rozando los dedos del muchacho.

—Gracias, Ned —susurró.

CAPÍTULO 13

Tessa volvió a su cuarto, se acercó a la ventana antes de rasgar el sobre, y empezó a leer la carta:

Lady Tessa,

Si esta carta llega a sus manos, significa que he partido antes de que usted regresara al ala este. No me atreví a enfrentarla de nuevo, no con las palabras que usted merece, ni con la herida que le provoqué sin intención.

No tengo el derecho de pedirle que me escuche, pero sí la obligación de decirle la verdad.

Usted cree que la convertí en un acuerdo, en un equilibrio de cuentas, y quizá mis propias palabras, dichas en voz baja y sin la prudencia debida, alimentaron esa idea cruel. Le ruego que me crea algo, jamás pensé en usted como una moneda. Si mencioné deudas, valores u honor, fue por torpeza y por miedo, no por falta de sentimiento.

Cuando me encontró en el coche, con la luz del quinqué, supe que mi vida ya no me pertenecía por completo. No lo quise admitir, no lo supe expresar, pero fue así. Usted me vio vulnerable, me vio humano, y eso es algo que nunca nadie había hecho.

Tomé decisiones pensando que la protegía. Ahora sé que la herí.

No buscaba poseerla; buscaba que no se hablara de usted con la ligereza con la que este mundo destruye a las mujeres que actúan con compasión. Quise evitar que cargara con una sombra que yo había traído a su casa. Lo hice mal. No sé hacerlo mejor.

Pero sé esto, y necesito que lo sepa también; no deseo su mano si su corazón no me acompaña. Nunca quise casarla con mi nombre. Quise que, si un día usted aceptaba mi corazón, fuera porque lo deseaba tanto como yo deseo el suyo.

Por eso hoy me retiro. No para romper la palabra que he dado a su padre, sino para dejar en libertad la suya. Si usted no me ama, entonces no tiene por qué llevar mi apellido. No seré yo quien la ate con una deuda, ni con una obligación disfrazada de honor.

Si, aun así, decide usted mantener el compromiso, me esforzaré por ser digno de su bondad, pero si decide romperlo, lo aceptaré sin rencor. La felicidad de una mujer como usted vale más que cualquier promesa, vale más que mi orgullo y, ciertamente, más que mi vida.

Gracias por las horas que pasé en Highfield Hall bajo su cuidado. Nadie antes me había tocado sin que doliera o había hablado conmigo sin esperar algo a cambio. Nadie había visto en mí algo más que mis errores.

Usted lo hizo y eso, Tessa, es amor.

Que el invierno sea gentil con usted, que la nieve no apague su luz y que el hombre que alguna vez la merezca, si ese no soy yo, sepa cuidarla mejor de lo que yo supe hacerlo.

Reginald Langford, Vizconde Wrentham

Ella respiró hondo, dobló la carta con cuidado y la sostuvo contra el pecho, como si su corazón necesitara un escudo. Esta carta era lo más parecido a un ruego que había recibido jamás.

Tessa no pensó. Actuó. Salió disparada por el corredor. Las faldas chocaban contra sus piernas, el corazón golpeaba sus costillas con la misma fuerza con la que resonaban sus pasos en el mármol. Las lámparas oscilaban a su paso; los retratos de sus antepasados la observaban con ceños fruncidos, como si una lady no debiera correr jamás.

—¡Milady, ¿está todo bien?! —preguntó Grace, alarmada.

Tessa no respondió. Giró en la galería central y cuando llegó al vestíbulo principal, encontró las puertas abiertas. El aire frío de la mañana se colaba como un azote helado. Allí, en medio de ese viento que parecía expulsarlo de su vida, estaba Reginald Langford, vizconde Wrentham, de pie con dificultad, apoyado en su bastón, mientras un lacayo acomodaba su capa y otro cargaba baúles hacia el carruaje.

Él no la vio al principio, pero Tessa vio a un hombre dispuesto a dejarse romper antes que forzar su presencia en la vida de una mujer que amaba demasiado.

Su pecho se apretó con una fuerza casi insoportable.

—¡Milord! —la voz salió rota, cargada de todo lo que había callado.

Reginald se detuvo, pero no giró de inmediato. Tenía miedo de lo que vería en su rostro. Cuando sus ojos se encontraron, ella llevaba el alma al descubierto. Él la miró como un hombre que encuentra agua en el desierto.

—Tessa… —su nombre salió en un susurro ronco, vulnerable, como si hubiese pasado semanas en lugar de horas sin pronunciarlo.

Ella avanzó un paso, luego otro. Él retrocedió apenas, no por rechazo, sino porque la emoción lo golpeó con tal intensidad que tuvo que afirmarse al bastón.

—Recibí su carta —dijo ella, la voz baja, cargada de un temblor que no era debilidad, sino convicción.

Reginald cerró los ojos un instante, como si el solo hecho de que ella la mencionara fuese un golpe directo a aquello que él intentaba proteger.

—No debió leerla mientras estaba yo todavía… —comenzó él, observando a Ned de mala manera.

—La leí —lo interrumpió, firme—. Entera.

Él tragó saliva.

—Entonces sabrá —continuó él con esfuerzo— que hago lo correcto al marcharme.

Tessa dio un solo paso más. Quedó tan cerca que pudo sentir su respiración temblar.

—¿Lo correcto para quién? —susurró ella.

Reginald la miró estoico.

—Para usted —dijo él—. Siempre para usted.

El viento entró con más fuerza, agitando su capa, haciendo que un mechón de su cabello cayera sobre su frente. Tessa lo miró y sintió que algo en su interior se fracturaba de forma definitiva.

—Usted habla de honor —susurró ella—. Pero en su carta habló de amor. Nunca me habló de amor.

—Porque no debía —respondió él, y por primera vez su tono no era controlado, ni frío, ni noble. Era el de un hombre al borde—. Porque temo no estar a la altura de su corazón. Soy un hombre torpe cuando de sentimientos se trata y no quiero fallarle sin querer.

Tessa lo miró con los ojos muy abiertos. Él desvió la mirada, avergonzado.

Ella levantó una mano temblorosa. Tessa rozó su mejilla con la punta de los dedos. Fue un contacto mínimo, un soplo, y aun así, Reginald inspiró como si lo hubieran atravesado de luz.

—No se vaya —susurró ella.

Él apretó los ojos con fuerza, como si esas tres palabras fueran demasiado. Los sirvientes se habían retirado, dándoles algo de intimidad.

—Si me pide que me quede… —murmuró, la voz deshecha— no sabré negarle nada más en mi vida.

Ella sonrió apenas, con lágrimas que ardían en sus pestañas.

—Entonces quédese —dijo, sin temblar—. Porque yo no lo dejo ir.

El bastón de Reginald tembló bajo su mano. Él la miró como se mira algo irreal, milagroso, imposible.

—Tessa… —su voz se quebró por completo—. ¿Me está pidiendo que me quede como su prometido?

Ella dio el paso final. Tomó su rostro entre sus manos y lo acercó a ella.

—No solo como mi prometido —susurró contra su boca—. Como el hombre que amo.

Reginald apoyó la frente en la de ella apenas un instante, como si necesitara robarle aire para seguir de pie. Su respiración era irregular. La de Tessa, un susurro apresurado contra sus labios.

Luego él cerró los ojos y murmuró, casi sin voz.

—Aquí no… —y no era rechazo, sino necesidad. Urgencia. Vulnerabilidad.

Tessa lo miró, desconcertada.

Él tragó saliva, movió el bastón con torpeza y señaló con la cabeza la pequeña salita que quedaba justo detrás del arco del corredor en un espacio íntimo, cálido, donde la luz del fuego siempre estaba encendida.

—No quiero que nos miren —confesó él, ronco—. No este momento.

Tessa lo tomó del brazo. Reginald apoyó parte de su peso en ella mientras caminaban, aunque intentó disimularlo con dignidad.

La salita los recibió con penumbra y un calor suave que hacía contraste con el frío del vestíbulo. Había un diván junto a la chimenea, un par de butacas y una mesa baja con libros que nadie había abierto en semanas.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el silencio cambió. Se volvió íntimo, casi sagrado.

Reginald soltó el bastón apenas unos centímetros, como si quisiera erguirse por ella. Pero el dolor lo traicionó y una punzada le oscureció la mirada. Tessa reaccionó al instante.

—Milord —susurró—. Siéntese. Déjeme…

Él tomó su mano antes de que ella pudiera terminar la frase. Ese gesto lo dijo todo.

Tessa apenas tuvo tiempo de soltar un respiro antes de que él la tomara por la cintura y la acercara con una urgencia que llevaba días, semanas, contenida. No fue un gesto brusco, sino uno desesperado, reverente, anhelante. Como si temiera que ella desapareciera si no la sostenía en ese instante.

Reginald inclinó su frente contra la de ella, temblando, respirando su aire, su cercanía, su existencia.

La besó. El primer roce fue un gemido ahogado, una confesión hecha con los labios. Luego el beso se abrió, se volvió más profundo, más hambriento, más vivo. Él la sostuvo con ambas manos, una en su espalda baja, la otra subiendo con torpeza hasta su mejilla, como si quisiera memorizar cada ángulo de su rostro mientras la reclamaba con ese fervor que tanto había reprimido.

El calor de su boca la recorrió como una llama dulce. Tessa, sorprendida por la intensidad, no retrocedió. Lo atrajo más, hundiendo los dedos en su abrigo para no perder el equilibrio ni el momento. Reginald respondió con un sonido ronco, de hombre que lleva demasiado tiempo deseando y callando.

—Tessa… —susurró contra su boca, pero no se apartó, volvió a besarla como si la necesitara para vivir, como si ese beso fuera la primera respiración después de un naufragio.

Ella sintió su control romperse, desbordarse. Él no era el vizconde implacable. No era el hombre frío que todos creían. Era un ser humano atormentado, frágil, enamorado, y la estaba besando como si temiera que este fuera el único momento que el destino les concedería.

Tessa le tomó el rostro entre las manos, lo acercó más, y el beso se volvió una entrega.

Reginald soltó el bastón y lo dejó caer sobre el diván sin siquiera notar el golpe. La sujetó con toda la fuerza que su herida le permitía, como si su cuerpo entero encontrara alivio solo en tenerla tan cerca que ya no hubiera espacio para el orgullo ni para el miedo.

Cuando finalmente se separaron, apenas un milímetro, sus labios rozándose aún, él exhaló una risa temblorosa, rota, completamente rendida.

—Perdóneme —susurró—. No puedo controlarme cuando estoy cerca de usted.

Tessa apoyó su frente en la de él, la respiración entrecortada.

—Entonces no se controle —murmuró—. No esta vez.

Reginald volvió a besarla, más hondo, más seguro, como un hombre que, por fin, deja de huir del amor.

CAPÍTULO 14

El carruaje avanzaba por el camino bordeado de robles centenarios, sus ramas desnudas formando un arco sobrio y majestuoso sobre la entrada de Wrentham Hall. La mañana era fría, pero un sol tímido caía sobre la mansión de piedra gris, otorgándole un aire solemne y hermoso, como si la estuviera recibiendo con una reverencia.

Tessa apretó sus manos dentro del manguito de piel. No por nervios, sino por la abrumadora conciencia de que ese era su hogar ahora.

Reginald la observaba mientras el carruaje se detenía. Había pasado días intentando asimilarlo todo. Cómo, tras un fin de semana que había sido un torbellino de emociones, discursos, confesiones, besos robados y un amor que había irrumpido sin pedir permiso, la vida podía cambiar de una forma tan irrevocable.

El conde, su ya suegro, no perdió tiempo. Al ver la devoción con la que Reginald sostenía la mano de Tessa, y la manera en que ella devolvía la mirada sin poder ocultar la ternura, decidió que un enlace rápido era lo único sensato. Esa misma noche envió una carta urgente a un viejo amigo, un arzobispo retirado cuya firma podía sortear la burocracia eclesiástica y dos días después, en la pequeña capilla de Highfield Hall, bajo un cielo donde la nieve caía con la suavidad de una bendición, Tessa y Reginald fueron unidos en matrimonio.

Había sido una ceremonia íntima, casi secreta, acompañados por un puñado de testigos y oficiada por el sacerdote que había bautizado a las hermanas Whitmore, bajo el aroma tenue del incienso y el sonido cálido del viento filtrándose por los vitrales. Reginald apenas podía creerlo cuando ella pronunció el “sí” con voz firme, sin temblar, como si toda su vida hubiera esperado ese instante.

Después vino un desayuno familiar sencillo, donde nadie dejaba de mirar cómo él la observaba, como si temiera que ella desapareciera y luego, el viaje hacia Wrentham Hall, hacia la vida que construirían juntos.

Tessa tragó saliva. No estaba nerviosa, estaba expectante. Anhelante. Vulnerable y valiente a la vez.

El carruaje se detuvo. Reginald bajó primero, apoyado en el bastón, pero más firme que nunca. Le tendió la mano a Tessa.

—Bienvenida a casa, vizcondesa Wrentham —dijo él, con ese tono grave que la derretía.

Tessa descendió, el corazón apretado de emoción. La fachada imponente de *Wrentham Hall*, las ventanas altas, los jardines cubiertos por la nevada, todo parecía sacado de un recuerdo que nunca había vivido y que, sin embargo, la llamaba.

Ella entrelazó su brazo con el de él.

—Nuestro hogar —corrigió con suavidad.

Reginald la miró con esa intensidad que siempre la dejaba sin aire.

—Nuestro —repitió él, casi con reverencia.

Juntos avanzaron hacia la entrada, donde la servidumbre aguardaba en formación impecable, listos para ofrecer los parabienes a los nuevos señores de Wrentham Hall.

**

Era su primera noche. La puerta se cerró detrás de ellos con un clic suave, casi cómplice. La habitación estaba bañada por el resplandor cálido de la chimenea, la luz danzaba sobre las paredes como si celebrara lo que estaba a punto de ocurrir.

Tessa, después que una mucama la había ayudado a prepararse, apenas tuvo tiempo de exhalar cuando Reginald la tomó por la cintura y la acercó con una urgencia que ya no intentaba esconder. Sus labios encontraron los de ella con una mezcla perfecta de hambre y adoración, un beso profundo que la hizo apoyarse en su pecho para no perder el equilibrio.

Él deslizó una mano por su espalda, lenta, firme, bajando hasta la curva de su cintura para atraerla más. Tessa sintió el temblor contenido en sus dedos, esa lucha entre el caballero educado y el hombre que finalmente reclamaba lo que amaba.

—Dios mío, Tessa… —murmuró contra su boca, jadeando—. No imaginas cuánto te deseé.

Ella respondió con un beso más atrevido, más seguro, y su cuerpo se pegó al de él. El sonido que escapó de Reginald fue un gemido bajo y grave que la recorrió entera.

Sus manos encontraron los botones del chaleco de él, los rozó uno por uno, sintiendo cómo su respiración se aceleraba. Reginald atrapó sus muñecas suavemente, solo para guiar sus dedos hacia su cuello, invitándola a más.

—No temas… —susurró él con una sonrisa entrecortada, aunque estaba ya recuperado, sabía que tendría que tener cuidado un tiempo más—. No soy tan frágil como parezco.

Ella deslizó las manos por su pecho, sintiendo el calor de su piel bajo la camisa. Reginald inclinó la cabeza, besó su garganta con labios hambrientos, explorando cada latido, cada suspiro que ella le regalaba. Sus manos recorrieron el contorno de su cuerpo, luego la parte baja de su espalda, presionándola contra él sin disimulo alguno del deseo que llevaba tantos días acumulado.

Tessa soltó un jadeo suave cuando la levantó apenas del suelo, con una fuerza nacida más del anhelo que del cuerpo, y la dejó caer de espaldas sobre la cama con una delicadeza feroz. Él se inclinó sobre ella, respirando su nombre como un voto.

—Tessa… mi amor… mi vida…

Ella lo atrajo de inmediato, hundiendo los dedos en su cabello, acercándolo más, invitándolo a perderse en ella. Los besos se volvieron más profundos, más desesperados, más necesitados.
La ropa cedió bajo sus manos, sus botones, sus cintas, cada pieza cayendo como si hubiera esperado ese momento.

Reginald besó su clavícula, bajó por su piel con labios ardientes que trazaban un camino lento y reverente. Cada suspiro de Tessa lo impulsaba, cada gemido suave lo volvía más audaz.

Ella lo envolvió con sus piernas, acercándolo más, y él dejó escapar un suspiro quebrado, de hombre que al fin deja caer todas sus defensas.

—No te imaginas lo que significa esto para mí… —dijo él con voz rasgada, rozando su abdomen con las manos, adorándola—. Lo que significas en mi vida.

Tessa lo levantó por el rostro, lo obligó a mirarla.

—Entonces demuéstramelo —susurró con calor—. Soy tuya… pero también te quiero a ti… completamente.

El último hilo de control que Reginald conservaba se rompió.

La besó con una devoción salvaje, apasionada, un beso que hablaba de noches de insomnio, de miedos, de anhelos, de todo lo que había callado.

Sus cuerpos se unieron como si hubieran nacido para encontrarse.

Moviéndose al mismo ritmo, respirando la misma necesidad, perdiéndose el uno en el otro.

La habitación se llenó de sus voces entrecortadas, del sonido suave de la ropa deslizándose, del crepitar del fuego acompañando el vaivén de sus cuerpos. Él murmuró su nombre una y otra vez, como una plegaria.

Ella lo tomó del rostro mientras él se entregaba por completo, sin miedo, sin reservas.

Cuando alcanzaron juntos ese punto donde el mundo se disuelve y solo queda la piel, el aliento y el temblor compartido, Reginald la abrazó fuerte, como si temiera que el universo pudiera arrebatársela.

Tessa apoyó su mejilla contra su pecho. Él aún jadeaba, su corazón desbocado bajo la palma de ella.

—Mi esposa… —susurró él, incrédulo, adorándola con la voz—. Mi amada esposa…

Tessa sonrió contra su piel, temblando aún.

—Tuya… ahora y siempre.

Reginald cerró los ojos, la estrechó con fuerza, y la besó de nuevo, más suave, más profundo… como si prometiera un porvenir entero con ese gesto.

La nieve seguía cayendo afuera. Horas después, aún entrelazados, con la luz de la tarde dorando la estancia, Reginald acarició la espalda desnuda de Tessa y murmuró:

—No pensé que viviría para conocer la felicidad.

Ella levantó el rostro, apoyó su mano sobre su pecho y sonrió.

—La construimos juntos.

Reginald cerró los ojos, apretándola contra él y así, en la mansión de Wrentham, con la nieve cayendo silenciosa tras los ventanales, comenzó la vida que nunca se atrevieron a soñar.

EPÍLOGO

El salón resplandecía con una luz dorada, reflejada en los adornos del árbol y en los rostros felices de todos los presentes. La familia Whitmore, reunida al fin después de tiempos turbulentos, formaba un cuadro tan perfecto y luminoso que hubiera enternecido incluso al invierno más implacable.

Las hermanas, animadas por el ambiente festivo, se dirigieron al pianoforte. Arabella dejó a su bebé dormido en la cesta junto a la chimenea y se sentó en el banco, con los dedos listos sobre las teclas. Clary, siempre la más vivaz, tomó una partitura y se la entregó.

—Toca esta, Bella. Era la favorita de mamá —pidió, con un brillo en los ojos.

Arabella asintió.

Phoebe se colocó a su lado, lista para acompañar con la voz, y Tessa se apoyó en el piano, sonriendo, aún con el secreto de su propio embarazo anidando en su pecho.

Cuando las primeras notas llenaron el salón, suaves y melancólicas al inicio, los hombres, los cuatro caballeros que ahora eran parte de la familia, se reunieron cerca del fuego, intercambiando copas de vino especiado.

Lucien Astley fue el primero en romper el silencio contemplativo.

—Debo admitir —dijo con una sonrisa ladina, mientras miraba a Arabella tocar— que nunca pensé que mi vida sería tan armoniosa.

Jasper Merivale soltó una carcajada ligera.

—Eso que tu hijo duerme como un ángel. El mío ya amenaza con patear cada vez que su madre se ríe —dijo, mirando el vientre de Phoebe con una mezcla de orgullo y pánico fingido.

Donn MacKinlay, con su expresión característica de guerrero escocés en tierra inglesa, levantó la copa.

—Agradezco que mi esposa aún no sienta patadas. Creo que necesito unas semanas más para acostumbrarme a la idea de ser padre.

Reginald, más contenido, pero claramente feliz, dio un sorbo a su bebida antes de hablar:

—Yo solo agradezco que mi mujer no haya heredado el pésimo gusto musical de mi familia. Escucharla cantar es… —se detuvo, mirando a Tessa con un cariño abierto— lo más cercano a la paz que he conocido.

Jasper se volvió hacia él, levantando una ceja con fingida solemnidad.

—Langford, jamás pensé oírte decir algo tan poético. Tessa y la paz no es algo que recuerde que vayan de la mano.

—Cállate —replicó Reginald, aunque le brillaban los ojos—. Estoy casado ahora. Se me permite hablar como un hombre feliz.

Lucien sonrió y levantó su copa en un brindis hacia su esposa, que en ese momento lo miraba.

—Entonces estamos condenados todos. Porque, si tú ya hablas de paz y felicidad, lo próximo será que Donn recite versos gaélicos al amanecer.

Donn bufó con dignidad escocesa.

—Lo haré si la ocasión lo amerita. Aunque prefiero demostrar mi afecto de otras maneras más convincentes.

—Como intimidar a todo aquel que mire demasiado a Clary —apostilló Jasper, riéndose.

—Como debe ser —respondió Donn con seriedad—. Es una Whitmore. No se corteja con flores, sino con honor o con valentía para enfrentarla.

Reginald soltó una risa baja.

—Créeme, MacKinlay, que la verdadera batalla siempre será con la dama. Una Whitmore no necesita admiradores para poner de rodillas a un hombre.

Los cuatro rieron, esa risa profunda y masculina que se da entre aliados, no solo cuñados. El conde los observaba desde su sillón, emocionado por la escena, orgulloso de los hombres que ahora cuidaban de sus hijas.

La música del pianoforte subió de intensidad cuando Arabella cambió a una melodía más alegre. Phoebe comenzó a cantar, su voz clara llenando el salón con una dulzura que hacía eco en las paredes. Clary se unió con palmadas suaves, marcando el ritmo, y Tessa, que jamás cantaba frente a invitados, comenzó a tararear, contagiada por la magia de la noche. No tenía tan buena voz como alababa su marido, pero no sería ella quien lo sacara del engaño.

—¡Vamos, Tessa! —la animó Clary—. ¡Tú también!

—No puedo cantar como Phoebe —protestó ella, aunque sonreía.

—No necesitas cantar como Phoebe —replicó Phoebe con afecto —. Solo necesitas cantar.

Arabella dio una última nota brillante y las cuatro hermanas rieron, una risa que llenó la habitación de una luz que parecía venir del pasado. Era la memoria de su madre acariciando el aire.

Cuando la música se detuvo, el conde alzó su copa, temblorosa pero firme. Las parejas se reunieron alrededor del conde y la abuela.

—A mis niñas —dijo con una voz que todos sintieron en el pecho—. A sus maridos. Al bebé que ha llegado a alegrar nuestras vidas y a los que vendrán.

La condesa viuda asintió, orgullosa.

—A nuestra familia —añadió—. Que ha renacido durante el invierno.

Tessa miró a Reginald; y la rodeó con el brazo. Clary apoyó la cabeza en Donn. Phoebe entrelazó los dedos con Jasper. Arabella meció a su bebé, y la Navidad volvió a sentirse completa.

FIN

VUELVE A LEER LA SERIE COMPLETA



Un Esposo para Navidad

https://mybook.to/unesposoparanavidad

El conde de Highfield les ha dado un ultimátum a sus cuatro hijas: casarse o perderán la casa familiar.

Arabella, la hija mayor, parte a Londres a buscar un imposible; sin dote y con veintisiete años debe conseguir un enlace antes de Navidad.

Un encuentro fortuito con un inolvidable desconocido, preguntas sin responder y un invierno inacabable bastarán para que el destino los obligue a quitarse las máscaras, y mostrarse tal como son.

¿Será posible que ocurra el milagro?

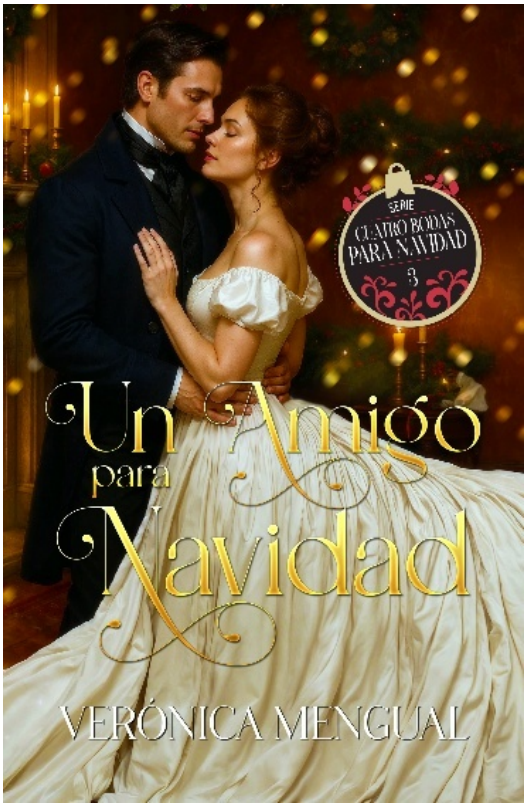
A veces, el amor llega cuando todo parece perdido... y justo a tiempo para Navidad.



Un laird para Navidad

https://mybook.to/unlairdparanavidad

Una dama inglesa dispuesta a desafiar el destino.
Un highlander decidido a proteger su legado.
Lady Clary Whitmore, segunda hija del conde de Highfield, debe casarse antes de Navidad o su familia perderá su hogar. Para cumplir con el ultimátum de su padre, que le impone encontrar esposo, viajará a Escocia tras el más persistente de sus pretendientes. Pero ella jamás lo ha querido y sueña con casarse enamorada.
Donn MacKinlay ha jurado no dejarse distraer de sus obligaciones. Como estratega consumado, no tiene tiempo para el amor. A sus tierras y su gente se debe su alma.
Sin embargo, cuando terminen atrapados en un castillo durante ese crudo invierno, la chispa podría encenderse, y sus corazones, quizás, arder. ¿La vida sorprenderá a Clary con el romance apasionado que siempre anheló?



Un amigo para Navidad

https://mybook.to/xSOu

Lady Phoebe Whitmore es la tercera hija del conde de Highfield. Al igual que sus hermanas, está sometida al ultimátum de su padre: deberá casarse antes de Navidad o perderán la casa familiar. Para proteger a su abuela y salvar su hogar, la dama deja a un lado los sueños románticos y le propone un matrimonio de conveniencia al único hombre en quien confía, su mejor amigo, Jasper Merivale, vizconde Everly.

La respuesta de lord Everly no es la que esperaba, así que decide improvisar. El enredo que sigue incluye un viaje, una ventisca y una noche en una posada.

¿Listas para suspirar con las ocurrencias de una dama con demasiada imaginación y con un vizconde encantador?



Un Romance para Navidad

https://mybook.to/8nNv1

No todos los enemigos empuñaban espadas, algunos llegaban con modales impecables y una sonrisa capaz de doblegar los corazones más testarudos.

El conde de Highfield ha impuesto una condición imposible: sus hijas deberán casarse antes de Navidad o perderán la casa familiar.

Tessa, la menor y más rebelde, se niega a aceptar el ultimátum… hasta que una tormenta de nieve trae hasta su puerta al hombre que menos esperaba.

Reginald Langford llega a Highfield Hall decidido a negociar las tierras del conde Alistair Whitmore. Su visita debía ser breve y cortés, pero el carruaje se vuelca a la salida de la finca y Reginald, malherido, es rescatado por Tessa.

Lo que empieza como una obligación se convierte en un duelo de voluntades y emociones prohibidas.

Entre el orgullo, la ruina y el frío del invierno, la Navidad traerá un milagro: un amor tan inesperado como imposible de detener y la rendición de dos corazones obstinados.

AGRADECIMIENTOS

A mi esposo, por ser siempre mi puerto seguro y mi mejor aliado.

A mis queridas amigas Hilda, Verónica y Mile, gracias por caminar conmigo esta aventura literaria y demostrarme que la literatura también crea familia. Ustedes hacen que escribir sea aún más hermoso y mucho más divertido.

A Cecilia Pérez, de *Divinas Lectoras*: tu apoyo constante es un regalo invaluable. Te quiero muchísimo.

A mis queridas lectoras: gracias por acompañarme en este nuevo viaje bajo mi seudónimo para Romance Histórico. Este género, que amo con el alma, cobra vida porque ustedes están del otro lado.

Espero seguir compartiendo historias con ustedes como Isabel C. De Acuña.

SOBRE LA AUTORA

Isabel C. De Acuña es creadora de apasionadas historias de romance histórico. Disfruta de las novelas donde la pasión, el honor y el destino se enfrentan en escenarios llenos de elegancia y emoción, transportando al lector a mundos donde el amor desafía las normas y el tiempo. Este es el seudónimo histórico de la reconocida autora Isabel Acuña, creadora de apasionadas historias de romance contemporáneo.